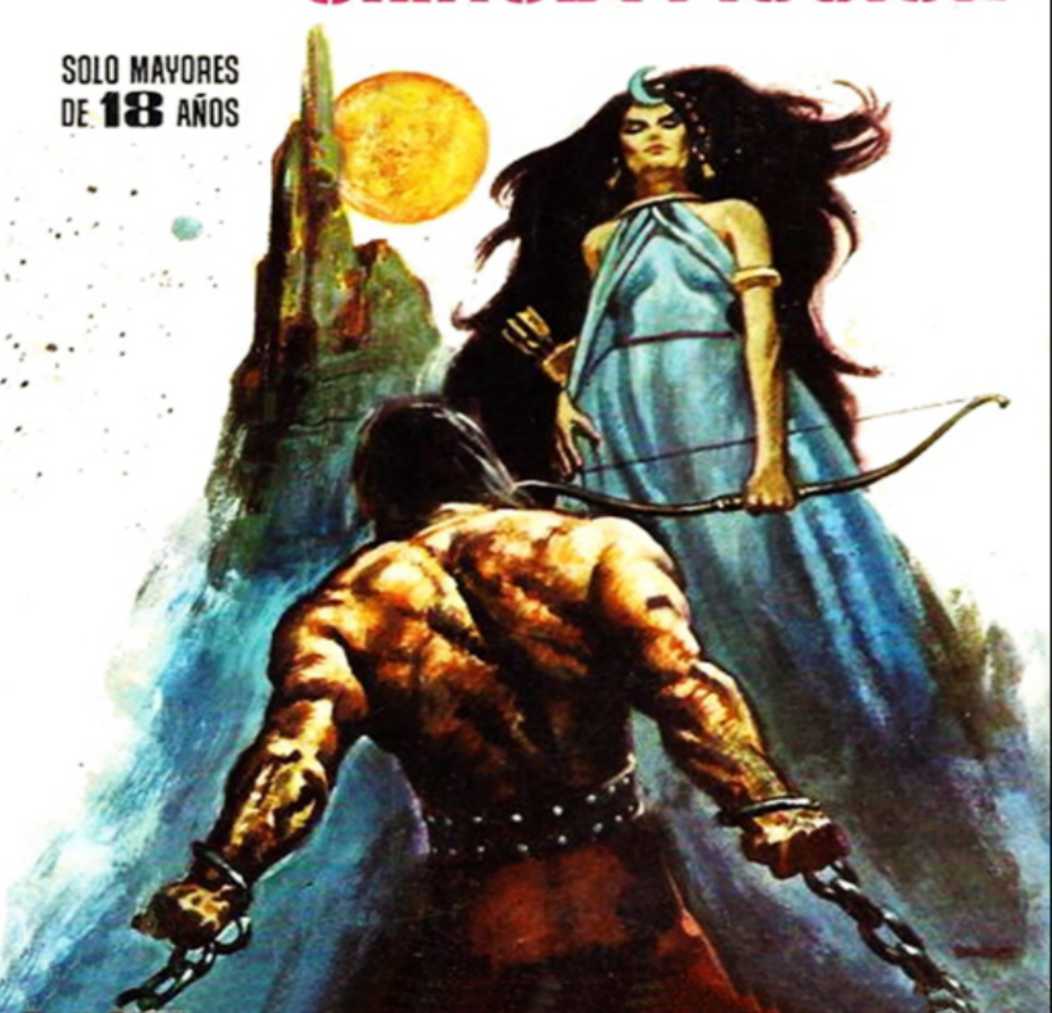
BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

CAUTIVO DE LAS HEMBRAS LEAX

Ralph Barby

CIENCIA FICCION





CAUTIVO DE LAS HEMBRAS LEAX

Ralph Barby

CIENCIA FICCION

SOLO MAYORES DE **18** AÑOS


La conquista del
ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

457 – ¿Hombres o dioses?, *Clark Carrados*.

458 – Meteoritos invasores, *Ralph Barby*.

459 – El planeta fantasma, *Joseph Berna*.

460 – Negras aguas de muerte, *Kelltom McIntire*.

461 – Espaciópolis, *Curtis Garland*.

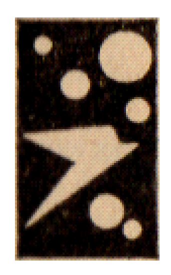
RALPH BARBY

CAUTIVO DE LAS HEMBRAS LEAX

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 462

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 15.011 - 1979

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: junio, 1979

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

—¡¡¡Ieeeaaaü!

El grito largo y poderoso brotó de la garganta de Steve Mcsoon, un grito que restalló en el aire como un latigazo de acero.

El caballo, casi convertido en un mítico Pegaso, se elevó en el aire. Encogió sus patas delanteras, estiró los remos posteriores y voló por encima de unos altos setos que no dejaban ver lo que había detrás. Él animal, un alazán de pelo brillante y fino, se fiaba completamente del jinete que lo cabalgaba.

Rebasada la muralla verde oscura, el animal cambió el sentido de sus patas, estiró las delanteras y encogió las posteriores. Al final, los' cascos casi se clavaron sobre la tierra para frenar la caída y luego reanudó el avance con el trote pausado.

—Bien, bien —aceptó el jinete palmeándole ligeramente el cuello.

El equino movió la cabeza de arriba abajo, como si aceptase el elogio del hombre.

Un magnífico animal, nacido del cruce de un lobo siberiano con una perra loba alsaciana, se acercó a ellos y corrió a su lado. Lo hacía seguro, sin adornos de juego. Iba con la cabeza bien colocada hacia adelante, con una actitud que expresaba seguridad.

—¡Corre, «Lupus», corre! —gritó Mcsoon a aquel can qué era más lobo que perro y poseía unos ojos almendrados con un tono amarillento que delataba cuál era la especie de sus ancestros.

«Lupus» corría bien, era muy rápido y había probado su poder de resistencia cuando Steve Mcsoon había rodado por el valle con su potente motocicleta de trial equipada con batería nuclear que

proporcionaba energía al motor eléctrico. «Lupus» era un excelente corredor.

Condujo al caballo junto a otros cuatro y cambió de animal para probar el salto.

El bayo saltó con la misma limpieza que el alazán anterior. Cuando el caballo acababa de saltar, «Lupus» corría hacia él y escoltaba a caballo y jinete hasta que Steve Mcsoon dejaba el corcel para montar en otro.

El día era radiante. La hierba crecía alta en aquellos prados convertidos en santuarios de la Naturaleza, valles recuperados por el hombre terrícola cuando ya se habían considerado perdidos por la brutal contaminación del siglo veinte que había sido más letal que la peor de las grandes guerras sufridas por la Humanidad.

La plaga de polución había segado la vida en el planeta Tierra de más de tres mil millones de seres al producirse las fugas en cadena de gases y radiactividad, causando una nubosidad mortífera que casi había cubierto por completo el globo terráqueo, haciendo desaparecer incluso muchas especies animales.

El -hombre, causante de esta mortandad, había hecho examen de conciencia y decidido respetar de nuevo a la madre Naturaleza arrasando las factorías que producían la contaminación y prescindiendo de muchos objetos de consumo que sólo servían para hacerle esclavo de ellos.

Se habían destruido las máquinas de transporte y trabajo que producían gases contaminantes. Había costado más de cinco décadas recuperar la hierba en los prados, que crecieran los árboles, que se reprodujeran los animales salvados.

Steve Mcsoon, que desde la niñez había sido educado en el amor a la Naturaleza, hacia las plantas y animales, en consecuencia había aprendido a repudiar la contaminación, la destrucción de todo lo que fuera vida. Por ello, tras estudiar y graduarse, había solicitado plaza para ocuparse de la reproducción de los animales y vigilar sus enfermedades, pero no sólo cuidaba a los animales que le habían sido confiados sino a todo el valle, no en vano era ecólogo y gozaba desarrollando su labor.

Procuraba que las aves de paso por el valle encontraran alimento y nidos donde refugiarse para pasar la noche o si eran sorprendidos por una tormenta. Allí también había ciervos, gacelas, jabalíes, zorros e

incluso lobos, y una de las misiones de Steve era capturar a los animales con delicadeza cuando los miembros de alguna especie rebasaban el número adecuado para que se mantuviera siempre en perfecto estado el sistema ecológico del valle.

Después, estos animales capturados eran enviados a otros lugares del planeta. Quedaba mucho por hacer, la Tierra poseía aún grandes páramos, grandes extensiones yermas a causa de la contaminación. Por ello, desde vehículos aéreos, no se dejaban de lanzar semillas de distintas especies para tratar de fecundar la tierra y que en ella volviera a aparecer la vida, una tarea nada fácil.

Lo que Steve Mcsoon ignoraba era que estaba siendo observado por ojos extraños mientras él galopaba sobre los caballos, convertido en un centauro.

Sin agotar a los caballos, los condujo al cercado que comunicaba con él establo, limpio y aséptico para evitar que los equinos sufrieran enfermedades. Cerró el cercado para que ellos pastaran y pasaran la noche. El agua la tenía regulada cada uno junto a su pesebre.

Los lobos no atacarían a los caballos, pues el cercado se hallaba protegido electrónicamente y unos finos disparos de láser sobre cualquier animal que atravesara el cercado le haría retroceder asustado, pero sin herirle. La técnica estaba al servicio de la Naturaleza, no en contra de ella como había ocurrido durante el fatídico siglo veinte, especialmente en su última década.

Por las colinas que cerraban el valle descendía una niebla suave hecha jirones, que humedecía la vegetación e invitaba a los humanos a refugiarse.

«Lupus» entró junto a su amo y amigo Mcsoon en el refugio de troncos y piedras. Dentro del refugio había comodidad y tecnología al servicio del hombre y de los animales.

Steve encendió la chimenea-hogar y cuando las llamas crepitaron, se acercó a la pequeña cocina y puso unos alimentos en el horno de microondas con control de reloj automático. Después, se acercó al pequeño laboratorio para estudiar al microscopio unas esporas de hongo que había recogido aquel mismo día en el bosque.

«Lupus» se estiró frente al fuego, debidamente distanciado para evitar su calor, pero clavando sus ojos en las llamas. Un sentimiento ancestral le obligaba a mirar las llamas con prudencia, pero se sentía como atraído por el fuego que el hombre dominaba, pues hasta

parecía capaz de tocarlo.

Quizá era ésa una de las causas por las que «Lupus» consideraba al hombre como un ser superior a él y le rendía una sumisión total.

Steve trabajó un par de horas en el pequeño laboratorio y luego tecleó en un intercomunicador de datos los informes que había obtenido. Cerró el intercomunicador y sacó los alimentos cocinados automáticamente. Le puso la comida a «Lupus», que se desperezó y se dedicó a ingerirla.

Por estar mucho más cerca de ser lobo que de perro, «Lupus» jamás ladraba. Gruñía cuando amenazaba y utilizaba una gama de aullidos muy variable según la situación, desde el aullido amistoso y de comunicación íntima que apenas se oía, al aullido largo y profundo que podía oírse a kilómetros de distancia, taladrando la noche y advirtiendo de su presencia, de su posible hambre, de cuál era su territorio.

Steve había aprendido a aullar como el lobo y conseguía comunicarse con él a distancia. «Lupus» podía oír la llamada de Steve y, cuando eso ocurría, emprendía la carrera hasta encontrarle.

Después de cenar, encendió la pantalla de teletrivisión y visionó un documental. Luego cambió el canal para distraerse con un espectáculo musical presentado por una chica a la que había tenido el placer de conocer personalmente. La pantalla grande tenía tal realidad que parecía que con sólo estirar la mano se podía tocar a la chica que presentaba el show y que también bailaba.

Comprobó en el panel de control general que todo estaba en orden, lo mismo los establos que el refugio-cabaña. No había ninguna luz roja encendida. Dejó tan sólo el fuego de la chimenea 'encendido y se fue a la cama tras lavarse los dientes.

Steve había trabajado duro durante el día, pero también había disfrutado en su trabajo. Se durmió profundamente, su cuerpo joven y atlético tenía que reponer fuerzas para reemprender la tarea.

Al día siguiente debía ir a controlar la colonia de buitres que se alimentaban de los animales que morían en el valle, en los bosques, en las colinas y montañas de los alrededores.

Era avanzada la madrugada cuando «Lupus» alzó la cabeza. Movió su cuello como si fuera un eje y dirigió sus ojos de lobo siberiano hacia la puerta. Permaneció atento durante unos segundos. Luego

gruñó, entreabriendo la boca y mostrando sus poderosos colmillos.

Fue hacia la puerta y gruñó amenazador. Si hubiera podido ladrar como un perro, lo habría hecho, pero él no ladraba y se quejó entre gruñidos y algún que otro aullido. Se alzó de patas y trató de arañar la puerta que él no podía abrir.

—¡«Lupus»! —llamó Steve que se había levantado.

El can siguió rascando la puerta con sus patas mientras gruñía.

—¿Qué diablos pasa?

Steve conocía bien a «Lupus» y sabía que no le iba a despertar por una falsa alarma, por lo que se levantó de la cama y se puso los pantalones. Se calzó las botas y se dirigió hacia la puerta tratando de apaciguar al animal.

—Vamos, vamos, «Lupus», será algún excursionista perdido.

Abrió la puerta sin tomar precaución alguna, sin coger el rifle dé dardos narcotizantes que solía utilizar para detener a algún animal en peligro o a algún posible atacante que sería tumbado por el dardo repleto de narcótico, pero jamás habría muerto.

De pronto, quedó inundado por una luz iridiscente que lo mismo reflejaba el rojo que el verde o el amarillo. Parpadeó, desconcertado.

El perro lobo 'sintió que se le erizaban los pelos; sin embargo, como no conocía el miedo, se lanzó hacia adelante.

—¡«Lupus»!

Steve salió corriendo tras el animal, protegiendo sus ojos con las manos de aquella luz que le cegaba y que en su parte baja tenía intermitencias, era como si un gran disco girase.

Al quedar fuera de la influencia directa de los rayos luminosos, descubrió algo que le dejó atónito.

—¡ Dios! ¿ Qué es esto?

Se hallaba frente a una nave extraterrestre que se había posado cerca de su refugio cabaña, una nave que era toda luces y que en. su parte baja, pues parecía suspendida en el aire, había abierto una rampa por la que subían los caballos.

—¡¡Noo!! —gritó Steve al ver que se llevaban los equinos.

Corrió hacia la rampa lo mismo que lo había hecho «Lupus» tratando de evitar el robo de los magníficos ejemplares de caballos que su amo tenía bajo su custodia.

Dejando la puerta del refugio abierta, sin tomar precaución alguna, Steve corrió hacia la rampa y trepó por ella como tratando de alcanzar los caballos que habían desaparecido en el interior de la extraña nave, una nave que él no había visto con anterioridad.

Se encontró en una amplia sala con los caballos y «Lupus» que correteaba alrededor de ellos.

Steve buscó a los culpables de que los caballos, «Lupus» y él mismo estuvieran allí dentro, mas no vio a nadie. Toda la luz que había afuera allí no existía, sólo estaba iluminado por la luz que procedía del exterior. De pronto, se hizo la oscuridad y la rampa se había cerrado silenciosamente, sin que el hombre se diera cuenta.

-—¡Eh! ¿Quiénes sois, dónde estáis? —gritó en la oscuridad mientras oía los gruñidos de «Lupus».

Golpeó contra las paredes sin conseguir nada. Eran de una gran dureza u absorbían incluso los ruidos. Era como haber caído dentro de una sima sin salida posible. De pronto, Steve sintió como un fuerte dolor en la cabeza, un mareo, unas náuseas, y los párpados se le cerraron.

Se tambaleó como si se hallara en un vehículo que comenzara a moverse en bruscos y súbitos vaivenes. Se dio cuenta de que iba a caer y quiso agarrarse a las paredes donde ni siquiera sus uñas encontraban un resquicio y fue a parar al suelo.

—«Lupus» —llamó.

Notó que el animal caía junto a él, debilitado; después, se sumió en la negrura del sueño.

CAPITULO II

Estaba soñando con la chica del show de la TTV y se hallaban en unos momentos muy felices cuando notó que los lengüetazos en su cara no pertenecían a la bella de sus sueños sino a «Lupus» que estaba junto a él.

—«Lupus», qué feo eres.

El animal emitió un corto quejido en tono de aullido. Steve se reincorporó, quedando sentado. Había una luz agradable, una luz que no sabía de dónde procedía, pero que no le dañaba los ojos.

Cerca de él estaban sus cinco caballos. Se levantó y se acercó a ellos, palpándolos para comprobar que se encontraban bien. «Lupus», moviendo la cola, contento porque su amo había despertado, le siguió a cada paso.

—Bueno, estamos prisioneros, pero no nos han exterminado —comentó.

Miró en derredor y no halló nada que pudiera considerarse un resquicio. Ignoraba de dónde venía el aire que respiraban y la luz gracias a la cual veían. La estancia tenía un techo de unos cuatro metros de altura y una base circular con unos cinco metros de radio.

—¿Qué hacemos aquí, «Lupus»?

El animal se quedó quieto; él sabía y comprendía menos que su amo.

Steve Mcsoon miró su reloj y comprobó que estaba detenido. Ya no le quedaba nada para tomar como punto de referencia. No sabía qué momento vivía, dónde estaba ni si aquel lugar se movía o estaba quieto, pues no se escuchaba el menor ruido ni se producía la más leve vibración.

—Atención, terrícola, atención.

La voz sonó clara y limpia, algo fría. Era una voz femenina que no expresaba ningún titubeo.

—¿Quién eres, dónde estás?

—Terrícola, se abrirá una puerta para ti y serás recibido. Podrás hablar y ser escuchado.

—¡Quiero bajar! —protestó Steve.

«Lupus» miraba hacia los techos y paredes alternativamente, como buscando el lugar por donde había brotado la voz, sin conseguirlo, por lo que el animal se encontraba completamente desconcertado.

Se abrió una puerta pequeña donde parecía que no existiera más que pared lisa. «Lupus» corrió hacia ella y tropezó contra unas ondas invisibles que lo hicieron retroceder gruñendo.

—¿Qué hay en la puerta? —gritó Steve.

—No temas, terrícola. Sólo hemos tratado de evitar que el animal que te acompañara pasara, sólo puedes entrar tú.

—¿Por qué él no?

No hubo contestación y Steve Mcsoon comprendió que no hallaría respuesta a todas sus preguntas.

—¡Quieto, «Lupus»! —le ordenó al perro.

El animal que había recibido la extraña descarga que sólo le había afectado momentáneamente, pero que no parecía haberle dejado huella alguna, se calmó-y Steve se acercó a la puerta y cruzó el umbral. «Lupus» hizo ademán de seguirle, pero Steve le ordenó:

—Quieto, «Lupus». Vigila a los caballos.

El animal se sentó sobre sus patas traseras y dio un vistazo a los caballos que parecían en perfecto estado.

Steve anduvo por un corredor cuyo suelo parecía ascender, un corredor que giraba en espiral. Al fin, llegó a una amplia sala. Al fondo había como un gran cuadro de mandos y sobre él unas pantallas de visionar que permanecían apagadas.

En unas butacas giratorias descubrió a tres hermosísimas mujeres, porque no le cabía duda de que eran mujeres. Tenían largos cabellos albinos, piel muy blanca y labios fuertes de color.

Sus grandes ojos tenían pupilas de color oro brillante que parecía cambiar, como si pudieran modificar a voluntad la intensidad de su mirada.

Vestían una especie de casacas brillantes en colores distintos, anaranjado la que estaba en el centro, amarillo la de la derecha y rojo la que se hallaba a la izquierda,

—¿Quiénes sois? —preguntó Steve.

—No somos terrícolas —respondió la que vestía de color naranja.

—Ya me imagino que esta nave no es terrestre, pero ¿quiénes sois?

—Somos súbditas del imperio de Leax.

—¿Leax?

—El imperio de Leax está muy lejos de tu sistema solar, terrícola.

—Pero ¿dónde?

—¿Qué importa eso a un terrícola? —le objetó la que parecía comandante del grupo.

—Me da la impresión de que me consideráis un ser inferior.

—¿Acaso no lo eres, terrícola?

—Pues creo que no. ¿Por qué habría de pensar que lo soy?

Se había entablado un diálogo desafiante. En el rostro de las hembras de Leax había arrogancia, casi conmiseración hacia el terrícola que sólo llevaba botas y unos ajustados pantalones.

—Vosotros no llegáis más allá de Marte en vuestros viajes interplanetarios. Digamos que estáis en los balbuceos de la era espacial.

—Y vosotros, por lo visto, ya estáis hartas de viajar por el cosmos.

—Los súbditos del imperio de Leax hace mucho tiempo, siglos terrícolas, que viajamos por el espacio con nuestras naves.

—Bueno, tenéis un poco más de tecnología espacia!, ¿y qué?

Las tres quedaron como sorprendidas. El terrícola no daba sensación de humildad.

—Terrícola...

—Me llamo Steve,

—Terrícola —insistió la que iba vestida de naranja—, yo soy la comandante de esta misión y mi nombre es Jaria. Ella —señaló a la

de amarillo— es Zacia, y la otra, Orbia.

—Muy bien, Jaria, Zacia y Orbia, ¿qué diablos hago yo aquí?

—Viajar.

—¿Quieres decir que estamos volando?

—Eso es —asintió Jaria.

—¿Adónde?

—A Leax, el planeta capital del imperio.

—¿Y si me niego a viajar?

—Ya no puedes, estamos llegando.

—Conque estamos llegando, ¿eh? ¿A qué distancia nos hallamos del planeta Tierra, es decir, de mi casa?

—En vuestro arcaico sistema de medidas, resultaría difícil explicártelo, terrícola.

—¿Por qué no me llamas Steve?

—Tú eres un homo sapiens terrícola según vuestra lengua. Tu animal de compañía es un canis y los otros equinos.

—Es más fácil decir que yo soy Steve, mi perro se llama «Lupus» y los caballos… bueno, tienen nombre también, pero no hace falta puntualizarlos ahora.

—Debes de comprender, terrícola, que para nuestra mentalidad tú vives inmerso en una era muy primitiva.

—Lo que yo quiero es regresar al planeta Tierra y dar cuenta a las autoridades de este secuestro.

—¿Tienes miedo, terrícola? —insistió Jaria.

—¿Miedo? —Adelantó un par de pasos como para aproximarse a las súbditas del imperio de Leax, mas una fuerza extraña e invisible, quizá la misma que había golpeado a «Lupus», le golpeó a él en el pecho y le empujó hacia atrás.

—No intentes acercarte a nosotras, terrícola; hay una barrera que

tú no podrías traspasar —le advirtió Jaria.

—Conque una barrera, ¿eh? De modo que sois vosotras las que tenéis miedo de mí y no yo de vosotras.

—Eres primitivo y, por tanto, agresivo —objetó Orbia.

—Yo estaba tan tranquilo en mi valle, durmiendo. Habéis robado mis caballos y a ese tipo de ladrones en la Tierra se les llama cuatreros. Luego me secuestráis a mí y a mi perro lobo y resulta que el agresivo soy yo.

—No puedes entenderlo, terrícola. Hay muchas cosas que tu mente primitiva no podrá comprender ni asimilar hasta que pase cierto tiempo. Tomamos tus caballos y sabíamos que tú irías tras ellos y quedarías encerrado en la nave.

—De modo que contabais con que yo solito me metiera en la encerrona...

—Sí —asintió Jaria.

—Empiezo a sospechar que sí soy algo primitivo. Ahora, ¿podéis decirme para qué habéis secuestrado a los caballos y a mí detrás de ellos?

—Cumplimos órdenes.

—¿De quién?

—No estamos autorizadas a responderte.

—Entonces, ¿por qué me habéis dejado llegar a vuestra presencia? Con mantenerme encerrado con los caballos y «Lupus» era suficiente.

—Parece que das muestras de alguna inteligencia, terrícola.

. Steve deseó soltarles que se había graduado como ecólogo y que no era tan cretino como ellas pensaban, pero comprendió que no le iban a hacer maldito el caso.

—·¿Por qué?

—Queríamos que no te preocuparás; no se te va a hacer ningún daño a menos que tu violencia nos obligue a ello.

—La violencia entre los terrícolas quedó enterrada con la gran

contaminación.

—Sabemos de la contaminación que casi destruyó todo signo de vida en vuestro planeta. Es un claro exponente de vuestra violencia, de vuestros errores, de vuestra absurda locura.

—Es cierto, pero hemos sabido rectificar y ahora estamos devolviendo al planeta Tierra toda la vida que le habíamos arrebatado.

—Habrá cosas que ya no recuperaréis jamás.

—¿Qué sucede con vosotras, pretendéis darnos lecciones?

—No polemizaremos contigo, terrícola, sólo queríamos que supieras, que nada malo va a sucederte, ni a ti ni a tus animales.

—¿Nada malo, y qué hago yo aquí en vuestra nave?

—Ya te lo hemos dicho, viajar.

—¿Qué he de hacer yo en Leax?

—Se te comunicará en su momento. Una cosa puedo decirte y es que tú no eres el único ser primitivo, desde el punto de vista de nuestra ciencia, que los súbditos del imperio de Leax conocemos. Hay otros seres, originarios de planetas cuya existencia tú ignoras, que también viajan a Leax.

—¿Y para qué, para llenar un zoo?

—No, no es ésa nuestra misión, aunque sí hay quien está interesado en levantar ese zoo de especímenes con corpúsculos de inteligencia nacidos en planetas que no sean Leax.

—Si hacéis un zoo de esa clase y tratáis de meterme en una jaula, es mejor que me matéis porque no me quedaré en ella.

—Tu rebeldía puede traerte problemas, terrícola, te conviene aceptar tu destino y ser obediente.

—¿Por qué he de hacerlo? Vosotras sois las agresivas, habéis invadido mi planeta y me habéis secuestrado, eso es violencia.

—¿No has tomado tú a tu canis o lo has domesticado?

—Sí, pero es diferente.

—Para nosotros los súbditos de Leax, tú eres igual que para ti ese perro lobo corno le llamas.

—No me gusta esta situación. Estáis hablando todo el tiempo de «nosotros» y no de nosotras. ¿Por qué, si salta a la vista que Sois hembras? ■.

—Sí, el imperio Leax se compone de machos y hembras, como en la Tierra.

—¿Dónde están vuestros varones? Quizá sea más razonable hablar con ellos.

—Nosotras somos las cosmonautas y las guerreras.

—¿Las guerreras también? —se asombró Steve—. ¿Y los hombres de vuestro imperio qué hacen, sobarse el bajo vientre?

Las tres quedaron calladas por unos segundos, era como si Steve Mcsoon acabara de ofenderlas gravemente.

Al fin, Orbia aclaró:

—Nuestros varones son la sabiduría, son la conducción, nuestro senado, nuestros superiores.

Tras oír aquellas-palabras, Steve lanzó una carcajada en tono ofensivo por lo cargada que iba de sarcasmo.

—De modo que os llamáis supercivilizadas y ni siquiera habéis conseguido la igualdad de los sexos.

Las tres mujeres se miraron entre sí, como si Steve hubiera hablado en otro idioma.

—Nos confunden tus incongruencias, terrícola.

—Pues no debería confundiros. En el planeta Tierra, las mujeres son iguales a los hombres; tienen idénticos derechos de trabajo, de poder, de mando, ¡a misma capacidad de ciencia y política. En nuestro parlamento, hombres y mujeres se sientan codo con codo, sin diferencias.

—Los terrícolas sois despreciablemente primitivos —silabeó Jaria con deseos de molestarle—. Puedes regresar con tus animales, ya sabes que nada malo va a ocurrirte, sólo que has sido trasladado por el espacio al imperio de Leax.

—Bueno, me voy, pero ¿y la comida para los caballos, para «Lupus» y para mí? Si no comemos, nos moriremos.

—Os hemos estudiado suficientemente antes de tomar la determinación de capturaros.

—Eso es, capturarnos, porque ha sido en contra de mi voluntad.

—No os faltarán alimentos.

—Eso espero o, de lo contrario, la palmamos. Por cierto, si hemos viajado a través del espacio durante tanto tiempo, ¿cómo es que no lo he notado?

—Nuestro sistema de traslación a través del espacio sideral está tan lejos de vuestra comprensión que ni siquiera habéis llegado a imaginarlo.

—Muy bien, no estoy preparado para comprender vuestra tecnología espacial, pero yo, a unas mujeres como vosotras, no las obligaría a ser servidoras de los zánganos.

—Regresa con tus animales, terrícola —ordenó Jaria tajante.

—¿Y si no me da la gana de irme?

—Te podemos obligar —amenazó ella.

—¿Cómo? —preguntó él desafiante, brillándole la ironía en los ojos.

Lo mismo que Zacia y Orbia, Jaria llevaba un cinturón del que pendía un pequeño artilugio. Era como una cajetilla metálica que poseía unos resortes y una especie de objetivo que apuntó hacia Steve.

—¿Y qué me puedes hacer con ese chisme?

—Desintegrarte si hace falta.

—No te atreverás; si me has traído hasta aquí no vas a eliminarme ahora.

Jaria disparó un dardo luminoso que dio en el pechó dé Steve, el cual sufrió, un doloroso calambre en todo su cuerpo, desde los dedos de los pies a los. dedos de las manos.

— ¡¡Aaagü

—Esto es sólo un aviso, terrícola, deberás acostumbrarte a obedecer.

Steve se recuperó con rapidez, la intensidad de aquel rayo de castigo parecía haber sido suave.

Avanzó de nuevo hacia ellas, pero la muralla invisible volvió a rechazarlo, no conseguía llegar hasta las mujeres y carecía de armas.

—Está bien, ya habrá un momento para hablar más cerquita los unos de los otros, claro que me imagino que lo que os sucede es que me tenéis miedo.

—No deseamos sufrir tu violencia primitiva —le replicó Jaria, en todo momento despreciativa, guardándose su arma pequeña y de aspecto inofensivo pero que no lo era tanto.

—Sois mujeres y yo un macho terrícola; a lo mejor os tocaba, os acariciaba, os besaba y quizá os gustaba. ¿Cómo son vuestros zánganos, más fuertes y más atléticos que yo, o son gordos como bolas de sebo y vosotras os tenéis que colocar en la cama bajo ellos para que os copulen y tengáis hijos, nuevos súbditos para el imperio de Leax?

Ellas quedaron totalmente calladas, ninguna explicó nada y tampoco replicaron.

—Veo que no os gusta hablar de ese tema.

Se volvió y se alejó hundiendo las manos en los bolsillos, mostrándoles su espalda desnuda, atlética y musculada, casi un triángulo con vértice hacia la cintura.

Steve Mcsoon se concienció que por la violencia no tenía escapatoria. Efectivamente, la tecnología y el poder de los súbditos de Leax era muy superior al terrícola y sus secuestradoras no parecían tener mucho sentido del humor, por lo que decidió dejarse llevar por los acontecimientos hasta que se le presentara una oportunidad, no sabía para qué, ya que se encontraba en un planeta desconocido.

Ignoraba en qué lugar del cosmos, en qué dirección y mucho menos a qué distancia debía hallarse su amado planeta Tierra del que le habían arrancado de madrugada, tras despertarle de un profundo sueño.

CAPITULO III

—Atención, terrícola, hemos tomado contacto en el suelo del astropuerto imperial de Leax, prepárate para desembarcar.

Steve Mcsoon identificó la voz de Jaria, la comandante de la nave extraterrestre que le había secuestrado a él y a sus animales.

Miró en derredor buscando una posible salida. La débil luz que llenaba la estancia en que estaba encerrado era suficiente para ver, mas no conseguía localizar los resquicios de las puertas. No comprendía cómo habían podido viajar tanto y tanto a través del espacio sideral sin siquiera notarlo, cuando en las naves terrícolas las condiciones de viaje seguían siendo duras, la gravedad artificial no era ningún prodigio y el tiempo de viaje se hacía eterno, mientras que en la nave de las cosmonautas de Leax no se notaba ni la más leve vibración.

Tenía la misma sensación que si se hubiera encerrado en un sótano de cualquier edificio ubicado en el planeta Tierra.

Descendió la rampa sin hacer ruido. «Lupus», con la cola' baja, mostró los colmillos. No sabían qué les aguardaba afuera. Los cinco caballos se mostraron inquietos y Steve los cogió de las bridas, juntándolas todas.

—Vamos. «Lupus», parece que hemos llegado, no sé adónde, pero hemos llegado.

Salieron de la nave y se encontraron con un día espléndido en el planeta Leax. El cielo no era de un color uniforme como sí lo tenía en la Tierra en un día limpio de nubes; allí iba desde el azul al naranja, pasando por el gris y el beige.

Poseían una estrella sol potente, Steve dedujo que era más grande que el Sol terrícola o bien se hallaba más cerca. A su derecha también pudo ver dos grandes lunas, muchísimo mayores que la Luna terrícola. Una estaba casi tocando el horizonte y la otra, en lo alto del cielo. Esta última, de mayor tamaño y nítidamente redonda, era de color rojo, lo que daba un tinte anaranjado en derredor.

El astropuerto parecía inmenso y su suelo era liso, como de piedra granítica perfectamente pulimentada y de color blanco. Pudo ver unos edificios de líneas más esbeltas y atrevidas que los que había en la Tierra, por lo que dedujo que su arquitectura era más avanzada debido a una superior tecnología en materiales de construcción que debían de, poseer más resistencia y menor peso.

Ante la rampa aparecieron varios vehículos sin ruedas que se desplazaban como suspendidos en el aire y que no hacían el menor ruido. Uno de ellos poseía una gran capacidad de transporte y Steve supuso que lo que querían era que él se introdujese con sus animales dentro de aquel vehículo.

De otras naves más pequeñas salieron súbditas de Leax que por sus uniformes le parecieron milicianas lo mismo que las cosmonautas.. Eran mujeres hermosas y esbeltas, bien formadas y seguras de lo que hacían, hembras de Leax que observaron con curiosidad al terrícola y a los animales que le acompañaban.

Algunas de ellas portaban cascos y Steve dedujo que debían ser policías o algo por el estilo, pero no vio a ningún hombre, es decir, a ningún macho del imperio de Leax.

—Bueno, ya me habéis convencido de que soy vuestro prisionero. ¿Y ahora qué tengo que hacer?

Jaria, que debía haber abandonado la nave interplanetaria por otro lugar, se acercó al pie de la rampa y le ordenó:

—Terrícola, sube a tus animales a ese transporte.

—De acuerdo.

Steve admitía la igualdad.de la mujer con el hombre, pero le reventaba que aquellas súbditas del imperio de Leax le consideraran inferior y lo malo era que estaban armadas y eran muchas.

—¡¡Ieeeah, vamos, abajo!!

Los caballos le siguieron y «Lupus» se mantuvo cerca de Steve. Sus ojos vigilaban atentos y su cola permanecía baja. Steve sabía que el animal, a la menor señal de agresión por parte de las cosmonautas o milicianas de Leax, se lanzaría sobre alguna de ellas, lo que le podría costar la vida.

. Era posible que ellas no supieran bien de lo que era capaz un

animal como «Lupus» que tenía más herencia genética de lobo que de perro, o quizá sí tuvieran animales semejantes.

—Tranquilo, «Lupus», no nos hacen nada, luego pediremos de comer.

El tono de las palabras de Steve tranquilizó al can; sin embargo, no bajó la guardia.

El vehículo transporte descendió su caja casi a ras del suelo de granito pulido y los caballos subieron sin problemas.

Jaria, escoltada por cuatro milicianos con casco amarillo, se acercó a Steve y le ordenó más que dijo:

—Deja a los animales aquí; tú vienes con nosotras en otro vehículo.

—¿Y «Lupus»? —preguntó, señalando al perro lobo.

—El se queda con los caballos, es un animal domesticado por ti. La verdad es que él no tenía que haber venido en este viaje.

—Pues está aquí. —Dirigiéndose al perro le ordenó—: «Lupus», vigila los caballos, atento.

«Lupus» se acercó a los equinos y dio un par de vueltas sobre sí mismo, gruñendo. Steve Mcsoon comprendió por su actitud que el can prefería acompañarle a él.

El transporte se Cerró y se alejó silenciosamente, sin tocar el pavimento. Lo único que se podía apreciar era como una luz azulada que se desprendía de su panza.

—Bien, ¿en qué vehículo voy yo ahora?

—Sígueme —le ordenó Jaria.

Le condujo a un vehículo confortable al que también subieron las hembras de la escolta.

—No os fiáis de mí, ¿eh?

Jaria le miró de reojo, sin decir nada.

Desde su asiento, Steve pudo ver aquella extraña metrópoli que en nada se parecía a una ciudad de las que había en el planeta Tierra. Era muy esbelta y muy atrevida, muy avanzada, con pistas aéreas que

no parecían sustentarse más que en su principio y su fin. En realidad, marcaban una ruta, porque el vehículo ni tocaba el suelo de la pista. Había jardines, pero poco o escasísimo tráfico.

Jaria, satisfecha, le preguntó:

—¿Qué te parece, terrícola?

—Que es una ciudad fría.

—¿Fría? No te entiendo.

El se encogió levemente de hombros.

—Es difícil de explicar.

—Aquí no hace frío —objetó Jaria.

—Quiero decir que está fría de alma, de espíritu. Es muy difícil explicártelo porque procedemos de distintas civilizaciones y nuestras concepciones y nuestros sentimientos parecen diferentes.

—Sabemos que los terrícolas os dejáis llevar mucho por vuestros instintos, vuestros actos son demasiado irracionales.

—Al final me convencerás de que soy un bárbaro al que le hace falta bozal.

No era Jaria quien conducía aquel vehículo sino otra mujer, una miliciana de casco amarillo.

Steve se hallaba sentado junto a Jaria, los asientos eran de a dos y podía ver las piernas y hasta casi las ingles de la mujer. Eran de piel tersa, esbeltas, no se notaba en ellas nada de grasa.

Quiso saber si era capaz de reaccionar exponiéndose a una réplica más o menos dura y alargó su mano poniéndola sobre uno de los muslos de Jaria, que volvió rápidamente la cabeza hacia él con mirada interrogante. Sus pupilas doradas habían pasado casi al color púrpura.

—¿Qué haces?

—Aún no te había tocado, no sabía si eres real o que estoy soñando en mi refugio del planeta Tierra.

—Pues soy real —le puntualizó ella con voz cortante.

Steve Mcsoon no se amilanó y siguió haciendo presión con los dedos, como valorando la dureza del muslo que tenía cogido, pero sin tratar de dañar.

—Quítame las manos de encima, terrícola —exigió Jaria en voz baja, como para no alarmas a las mujeres que les acompañaban.

—Sólo quiero saber si sois de sangre caliente o fría.

—Somos sanguíneas, lo mismo que vosotros los terrícolas y parece que la temperatura es la misma.

—Yo diría que tú tienes algún grado más.

Jaria le cogió la mano y se la quitó de encima con brusquedad. Steve no se dio por vencido y volvió a ponerle la mano, esta vez sobre la unión de los muslos, en su punto más alto. De reojo, trató de valorar la reacción de Jaria.

Las súbditas del imperio Leax parecían muy seguras de sí, eran mujeres frías y pragmáticas, adiestradas para una labor que cumplían a la perfección, pero las mejillas de Jaria se sonrojaron.

No cabía duda de que la presión de sus hábiles dedos sobre una zona tan erógena había surgido su efecto, pero se llevó una desagradable sorpresa porque Jaria, aparte de sonrojarse, sacó el artilugio bélico que portaba en el cinturón y disparó un rayo sobre Steve.

Lo hizo tan delicadamente que sus compañeras ni debieron advertirlo, pero el hombre sintió un intenso dolor dentro de sus entrañas, como si todo él se hubiera llenado de brasas candentes.

Quiso gritar, no pudo y torció la cabeza, quedando inconsciente.

Jaria le apartó la mano. Poco a poco, el color fue desapareciendo de sus mejillas, regresando a su habitual palidez.

A Steve le habría gustado ver la mirada de Jaria, una mirada que no tenía ira y que observó el cuerpo atlético del hombre con deseo, un deseo contenido que procuró no fuera advertido por nadie.

Cuando Steve Mcsoon abrió los ojos, lo hizo sin que nada le doliera y tuvo la seguridad de que no había sentido ni soñado nada.

El despertar fue súbito, inesperado. Se vio tendido en una especie

de camilla de clínica, con el cuerpo sujeto por correas. No podía moverse y varios cables iban hacia su cuerpo que no podía ver por tener los ojos mirando hacia el techo, pero sabía que estaba desnudo y su cabeza se hallaba coronada por un sinfín de electrodos.

—¿Qué diablos me estáis haciendo? —gritó furioso, saliéndole la voz fuerte y rasgada.

Una mujer de Leax que vestía una bata azul con una gruesa franja dorada cruzándole el pecho por encima de unos senos pronunciados, se le acercó. Menos joven que Jaria, era hermosa pero también fría y científicamente desagradable.

—No te alteres, terrícola, no se te está haciendo ningún daño, sólo estamos comprobando tus constantes orgánicas y biológicas. Tu sangre está siendo analizada, lo mismo que tus tejidos epidérmicos y musculares.

—No me habréis causado heridas, ¿verdad?

Ella no respondió a la pregunta y prosiguió:

—Estamos comprobando el funcionamiento de tus órganos, corazón, pulmones, hígado, estómago, etcétera.

—¿También el sexo?

—También.

—Vaya, no os descuidáis de nada.

—No, estás siendo observado totalmente. Por el momento no queremos que te ocurra nada desagradable.

—¿Por el momento?

—Yo no puedo hablar de tu futuro, no estoy autorizada.

—¿Habéis sacado mi esperma también para analizarlo?

—Aún no.

—¿Y cómo pensáis extraérmelo?

—Tú puedes colaborar.

—Prefiero que-el trabajito lo haga Jaria.

—¿Jaria? —repitió la doctora-jefe del laboratorio de control.

—Sí, ella tiene la culpa de que yo esté aquí; me secuestró.

—Tenía órdenes que cumplir —puntualizó la doctora.

—Pero ella me escogió a mí. ¡Vamos, quítame los enchufes de la cabeza!

—Todavía no, estamos captando datos de tu cerebro.

—¿Es que queréis volverme idiota?

—No temas, no vamos a dañar tu cerebro ni á extirparte ningún lóbulo, sólo te estamos estudiando para confeccionar tu ficha.

—¿Y luego?

Ella no respondió.

Moviendo ligeramente la cabeza, Steve pudo ver a otras mujeres con bata blanca; no llevaban la franja dorada sobre el pecho y dedujo que debía ser el distintivo de la jefa.

—Ahora sufrirás un poco.

—¿El qué?

—Veremos cómo te comportas ante el frío y el calor.

—¡Malditas, soltadme!

La protesta de Steve resultaba inútil. Sobre él, en el techo, se encendió una pantalla de infrarrojos rectangular y de inmediato sintió la oleada de calor. Volvió la vista y observó una aguja clavada en su brazo. Otras agujas estaban repartidas por su cuerpo, buscando otros órganos seguramente. Le sacaban sangre y humores que eran analizados por una complicadísima máquina.

— ¡Basta, basta, vais a asarme! —chilló Steve temiendo que se le quemara la piel.

La doctora-jefe y dos más se le acercaron con un objetivo y lo colocaron sobre la piel masculina. En una pantalla apareció la epidermis ampliadísima.

—¡Sois unas zorras, todas sois unas zorras!

Los insultos del terrícola no parecían hacer mella en aquellas mujeres que proseguían estudiando minuciosamente su cuerpo. Todo él era analizado en profundidad y cuando se' repuso del calor, cuando ellas ya tenían los datos de su comportamiento bajo la oleada térmica, comenzó a sentir un frío intenso.

—¡Ahora me queréis congelar!

Sus protestas no servían de nada. Comenzó a tiritar, a sentir dolor en sus extremidades y a notar sueño.

Aquella especie de tortura concluyó al fin y le ofrecieron un calor suave que tonificó sus músculos. Incluso, su sangre fue calentada extracorpóreamente para que se sintiera mejor rápidamente. El aparato por el cual pasaba su sangre también la alimentaba, de modo que pese a tener el estómago vacío Steve no tuvo sensación de hambre.

Se ocupaban de su recuperación, pero Steve se sentía agotado. La doctora-jefe se le acercó con un paño o toallita con la que le cubrió el rostro. Comenzaba a relajarse cuando notó que manipulaban en su sexo. Quiso mentalizarse para impedir que consiguieran lo que se proponían aquellas brujas, pero su posición era tan indefensa que nada pudo evitar y al final quedó quieto, exhausto.

Cerró los ojos bajo la tela que le cubría la cara y deseó dormir.

CAPITULO IV

Los ojos amarillos pasaban a púrpura. Había allí muchas mujeres y no parecía haber más hombre que él.

Le rodeaban, se sentía acosado por aquellas hembras que reían provocativamente y todas eran hermosas, pero él se sentía atraído por Jaria, la cual se acercó a él y le pasó los brazos por el cuello. Comenzó a besarle el rostro mientras las demás formaban como un círculo alrededor de ellos.

—Jaria, Jaria, en otra parte sí, pero aquí, aquí...

La cogió por el cuello y notó que el pelo era demasiado áspero. Abrió los ojos y se encontró con Ia cabeza de...

— ¡ «Lupus»! —exclamó.

El perro lobo había estado acariciándole con la lengua.

—«Lupus», «Lupus»...

Abrazó al animal y se incorporó. Se hallaba tumbado en una austera cama dentro de una especie de refugio de paredes lisas. Los caballos se hallaban frente a un pesebre en el que se alimentaban con forraje.

Buscó con la mirada a las súbditas del imperio de Leax y no descubrió a ninguna de ellas. Estaba él solo con sus animales.

Era obvio que aquél no era su refugio en el valle del planeta Tierra, pero todo lo ocurrido hasta aquel momento parecía un sueño.

—Quieto, «Lupus», siéntate,

El animal obedeció. Steve buscó los pinchazos en los pliegues de sus brazos y los encontró. No quiso buscar más pinchazos en su cuerpo que los debía de tener.

No era un sueño, no era una pesadilla.

Se levantó y se sintió algo mareado, debían haberle hecho muchas pruebas analíticas. Sentía molestias dentro de sí y maldijo a las secuestradoras, pero no había ninguna de ellas cerca para decírselo.

Se acercó a una mesa y a una silla. Frente a él, un rótulo advertía: «ALIMENTOS».

Pulsó el botón y se abrió una compuerta estrecha y larga. Ante él aparecieron unos platos que olían bien. Observando aquellas patatas, carne y fruta, pensó que si hubieran querido envenenarle ya podían haberlo hecho, por lo que optó por alimentarse. «Lupus» le miraba y el hombre le preguntó:

—¿No se han acordado de ti?

«Lupus» lanzó un pequeño gruñido, casi un quejido. Steve casi había consumido toda su comida cuando hundió el botón de nuevo y apareció otro servicio de alimentos, no identificaos para un terrícola. Tomó la bandeja y la depositó en el suelo.

«Lupus» acercó su hocico a la bandeja y después levantó la cabeza para observar al hombre, entre interrogante y decepcionado.

—Lo siento, «Lupus», o comes eso o te quedas sin llenar la tripa.

El perro lobo lanzó un cono y débil aullido de queja y bajó el hocico para empezar a comer.

Una hora más tarde seguía sin aparecer nadie por aquel lugar. Habían quedado solos los caballos, «Lupus» y él, pero estaba seguro de que de alguna forma le vigilaban, por lo que buscó los objetivos de telecámaras de observación. No los encontró y se dijo que debían estar lejos de su alcance visual y que podrían estar adaptados a poderosas lentes de aumento.

Escogió' el caballo azabache, lo acarició, lo tranquilizó palmeándole el cuello y hablándole al oído y después montó en su grupa. Los cinco estaban ensillados.

—Vamos a dar un paseo.

Salieron al exterior.

La vegetación era parecida a la del planeta Tierra, aunque los verdes tenían tonalidades más oscuras y abundaban más los rojos y amarillos en las flores.

«Lupus» correteó cerca de él, mirando de vez en cuando a su amo que cabalgaba sobre el hermoso caballo negro.

El valle era espléndido pero escaso de boscaje. Los árboles eran pocos, separados entre sí y de una especie que Steve Mcsoon no llegó a identificar. Si se parecían a algún árbol terrestre, podía ser un roble, sólo que los árboles de Leax eran más grandes, más altos, menos achaparrados.

Le sorprendió aquel cielo de colores cambiantes. El que había vivido en la soledad de un valle, sabía apreciar las amanecidas y las puestas de sol, el arco iris después de una tormenta o los plenilunios en la soledad de los pastizales. En Leax, el contraste de colores era más fuerte, más vivo, más sorprendente.

Descubrió un arroyo y dejó libres las bridas. El caballo se aproximó a él y bebió. Steve se dijo que si el agua era corriente no haría ningún daño al animal, aunque ignoraba qué grado de salinidad podía tener. No obstante, si el equino la aceptaba, debía de ser potable y también

la bebió «Lupus».

Prosiguió el paseo, riachuelo arriba, hasta que al llegar entre dos árboles el caballo se detuvo, «Lupus» también. Steve frunció el ceño, él no veía nada anormal.

—Vamos, adelante —pidió a su montura.

El corcel trató de resistirse pero acabó obedeciendo a su amo. Al llegar entre los dos árboles, relinchó, retrocediendo. Steve captó una ligera descarga y «Lupus» también retrocedió.

--Diablos, al fin he encontrado los límites que me han marcado. —Alzó la voz para gritar—: ¡Sé que estáis ahí, sé que me estáis observando! ¡No soy ningún animal de zoológico, soy un hombre, un ser humano, un terrícola con una civilización inteligente y evolucionada! ¡Por más barreras que me pongáis, terminaré escapando!

Tras aquellas palabras de desafío lanzadas al aire, seguro de que serían captadas por algún micrófono disimulado entre los árboles, pues no hubiera sido lógico que le dejaran sin vigilancia alguna, taloneó al caballo y se lanzó al galope, pero no de retroceso sino galopando en paralelo a la línea de árboles y arbustos que marcaban una cerca que no se veía pero sí existía.

Cuando llegó a un lugar donde la tierra era apta para dar una buena galopada, hizo retroceder al caballo y se alejó una cincuentena de metros. Volvió a girar al animal y se inclinó sobre él.

—¡Adelante, «Bravo»!

El equino lanzó un corto relincho y galopó hacia los arbustos de considerable altura y frente a los cuales pasaba la barrera electromagnética, invisible pero eficaz.

«Lupus» corrió a su lado y cuando llegaron al momento preciso, Steve ordenó al corcel:

— ¡Arriba!

Pegó sus muslos y rodillas contra las costillas del animal y hundió sus tacones sin espuelas en los flancos del equino. Este, pese a que se había mostrado nervioso, elevó sus remos y los cascos pasaron limpiamente por encima de los arbustos, sin rozar sus hojas.

Encogió las patas traseras y mientras volaba por encima de la barrera, cambió la postura de las patas hasta que cayó al otro lado.

Escuchó un aullido tras de sí. Steve giró la cabeza hacia la muralla verde que acababa de rebasar y no vio a «Lupus». El perro lobo no había conseguido sobrepasar los arbustos y había sido rechazado por la barrera electromagnética.

—¡«Lupus»!

Escuchó sus aullidos de protesta, de angustia y de derrota.

— ¡Volveré, «Lupus», tranquilo!

Dejando a su fiel perro lobo al otro lado de la cerca, Steve siguió adelante montado en el caballo azabache. En apariencia, los parajes eran los mismos que le habían destinado a él para que viviera; árboles distanciados unos de otros, arbustos, pastos, el riachuelo, un lugar apacible y agradable para vivir, sólo que estaba cerrado por la cerca electromagnética para que los allí confinados pudieran escapar como él había hecho.

Divisó un barracón parecido al que le habían destinado a él, era como una construcción prefabricada. Se acercó a ella con la esperanza de encontrar algún habitante de! planeta Leax. ¿Sería aquel lugar una especie de zoo-safari para los súbditos del imperio de Leax?

El caballo se detuvo frente a la entrada del barracón y relinchó nervioso, incluso llegó a retroceder unos pasos, piafando.

—Tranquilo, tranquilo, no pasa nada; si no quieres entrar ahí, no entraremos —apaciguó Steve al animal, hablándole como si pudiera comprender sus palabras; el tono con que le hablaba sí consiguió calmar al caballo.

De pronto, ante la puerta amplia por Ia que Steve hubiera podido pasar montado a caballo, apareció el ser que habitaba dentro del barracón.

Como ecólogo que era, como estudioso de la fauna, Steve Mcsoon estaba preparado para enfrentarse a lo más sorprendente e inaudito, pero quedó perplejo ante lo que se puso frente a sus ojos.

Cualquiera, en su lugar, se habría horrorizado, pero Steve aguantó e incluso sujetó a su caballo que trató de alejarse, huyendo de aquello que había quedado en el umbral del barracón, encarado con ellos.

Era difícil catalogar a aquel ser que si se parecía a algo conocido en el mundo terrícola sería a la mezcla de un cangrejo y un pulpo, quizá también tuviera analogías con las arañas gigantes.

Aquel ser poseía cuatro patas sobre las que sostenía su cuerpo y dos brazos que terminaban en seis tentáculos que actuaban como dedos. La cabeza se alzaba como una gran burbuja malva con unos grandes ojos. Aquélla era la parte que más le asemejaba a un pulpo. Los brazos nacían en lo que podía considerarse. Ia base del cuello y por la forma en que los movía, podía deducirse que carecía de huesos.

Aquel ser no tenía actitud de ataque sino más bien de defensa y observación. Sus ojos se habían quedado quietos, con las enormes pupilas clavadas en el terrícola que montaba sobre el caballo, y posiblemente debía parecerle que hombre y caballo formaban en conjunto una sola criatura.

—Si estás aquí, es que eres inteligente como yo.

Steve ¿guardó una respuesta, pero el animal permaneció quieto. De no haber movido sus dedos tentaculares al extremo de los largos brazos, casi se hubiera podido jurar que se trataba de una estatua, extraña y desconcertante para un terrícola.

Acostumbrado a tratar con los animales, pues los había cuidado en el valle, Steve Mcsoon estaba seguro de que aquel ser poseía una inteligencia evolucionada y decidió insistir para establecer un contacto con él.

—Yo también soy un prisionero de! imperio de Leax. Me han traído aquí en contra de mi voluntad, he sido capturado y no sé qué quieren de mí. ¿Lo sabes tú?

Esperó de nuevo.

La extraña criatura, de aspecto monstruoso desde el punto de vista de un terrícola, emitió unos sonidos similares a los que hubieran podido salir de un violín desafinado y tocado por un niño que no hubiera estudiado música.

Steve Mcsoon no entendió nada, mas, de pronto, se estableció el diálogo telepático.

—Yo también soy capturado —dijo el enigmático ser, palabras que penetraron en el cerebro del terrícola, pero no por sus oídos.

Steve Mcsoon habló con normalidad; sabía qué sus palabras no serían entendidas a través del sonido, pero su equivalente se transmitiría en forma telepática, pues ya había comprobado que aquel ser había captado perfectamente sus ideas.

—Me llamo Steve, soy terrícola. Me secuestraron en mi planeta las súbditas del imperio de Leax.

—Me llamo Perímedes y soy del planeta Sancor. Allí fui capturado por las súbditas del imperio de Leax y (raído aquí en contra de mi voluntad.

—En contra de la mía también —corroboró Steve.

—¿Cuánto tiempo hace que has llegado? —preguntó el extraño ser llamado Perímedes.

—No sé exactamente cuándo llegué, creo que ayer o antes de ayer. Me tuvieron en una clínica de observación.

—A mí también. Hace algún tiempo que estoy aquí y no sé qué quieren de mí.

—Ni yo tampoco. ¿Acaso esto es un zoo de especímenes capturados fuera de este planeta?

—Podría ser, tú y yo somos muy diferentes.

—Sí, lo somos físicamente, pero puede que cerebralmente no lo seamos tanto. La necesidad hace el órgano, decimos en la ciencia terrícola. Las circunstancias físicas de tu planeta Sancor te han hecho como eres, y a mí, las características del planeta Tierra me han hecho como soy.

—Eres muy alto, terrícola.

Steve meditó unos instantes si debía decirle que el caballo y él no eran una sola y única cosa, sino dos animales distintos.

—¿Qué nos harán, observarnos simplemente o pretenden algo más de nosotros?

—No lo sé, no me han dicho nada. Perímedes, tú y yo estamos en la misma situación. Deseo que seamos amigos y si llega el caso, podamos colaborar para ayudarnos mutuamente.

—Es imposible escapar, no tenemos naves espaciales —le dijo

aquel ser mitad cangrejo, mitad pulpo.

Resultaba contrastante para un estudioso de los animales como era Steve que aquel ser tuviera patas articuladas de aspecto duro, casi calcáreo, y unos brazos que podían quedar anillados como el cuerpo de una serpiente y que a la vez recordaban a los tentáculos de un pulpo, o quizá formaban músculos como los que existían dentro de la trompa de un elefante terrícola.

—Cuando encuentre alguna posibilidad de fuga, la aprovecharé.

—No lo conseguiremos. Además, estamos cercados por una barrera que no se ve pero que existe.

—Lo sé, Perímedes, pero ninguna barrera es infranqueable cuando alguien inteligente quiere rebasarla.

—Eres muy optimista, terrícola.

—He de serlo porque no puedo aceptar que el resto de mi vida sea como prisionero del imperio de Leax.

—No parece que nos quieran convertir en esclavos, no les hacemos falta para trabajar. El imperio de Leax posee una civilización tecnológicamente muy avanzada.

—Ya me he dado cuenta de ello, pero si nos han traído aquí después de capturarnos en nuestros respectivos mundos, será por algún motivo.

—Es lo que pienso —asintió Perímedes, siempre telepáticamente, aunque por su extraña boca oval seguía emitiendo los desacompasados sonidos que casi irritaban el oído del terrícola.

—¿Cómo son los hombres del imperio de Leax? —preguntó Steve.

—¿Hombres?

—Me refiero a los machos. Las cosmonautas, policías y milicianas son hembras.

—No he visto a los machos.

—Es extraño, yo tampoco los he visto.

—¿Es importante verlos? —inquirió el ser de Sancor.

Steve se encogió de hombros, siempre en lo alto de su caballo.

—En mi planeta no es lógico que las hembras lo hagan todo, incluso ser las cosmonautas, las policías, las milicianas.

—En Sancor, las hembras son más pequeñas y más débiles.

—Tú eres macho, ¿verdad?

—Sí. ¿Tú también?

—Sí. Bueno, ahora me voy, quizá volvamos a- vernos, Perímedes.

— ¿En qué lugar estás recluido tú?

—En un barracón como ese en el que estás tú, siguiendo el curso del riachuelo más abajo.

—Yo he encontrado una barrera invisible que no puedo rebasar.

—Yo también.

—¿Por dónde has pasado entonces?

—Ya te lo contaré otro día, amigo Perímedes.

Steve volvió grupas y se alejó al trote.

Jamás había sospechado tener un amigo tan extraño como aquél; en el planeta Tierra se le hubiera considerado un animal monstruoso carente de inteligencia, no obstante la tenía y tan evolucionada como Ia del propio terrícola, ya que era capaz de cambiar impresiones con él a nivel telepático.

Cabalgó hasta la muralla electromagnética, localizándola por la barrera de arbustos y árboles aparentemente sin importancia. Trotó en paralelo a ella hasta encontrar un punto donde el caballo pudiera tomar impulso y saltarla.

— ¡Ahora! —le dijo al caballo, que inició la galopada.

El salto sobre los arbustos volvió a ser perfecto y cayó al otro lado con toda limpieza, como si se tratara de un concurso hípico.

Tras saltar, vio correr rápidamente a «Lupus» que parecía contento de volver a verle. Los tres, hombre, caballo y perro, regresaron al barracón sin saber lo que les aguardaba.

CAPITULO V

Frente al barracón que le habían destinado se hallaba un vehículo con varias súbditas del imperio Leax.

Todas llevaban el casco amarillo que las distinguía como pertenecientes a las fuerzas policiales menos una que era Jaria.

Cuando la mirada de ambos se encontró, Steve tuvo la impresión de que los ojos de Jaria dejaban escapar un brillo no controlado por su sentido racional y de la disciplina; era un brillo de instinto de hembra, un brillo de admiración; mas, como si se diera cuenta de que se traicionaba a sí misma, enfrió sus pupilas e interpeló a Steve con sequedad.

—Terrícola, deja tu caballo.

«Lupus» gruñó ostensiblemente a las hembras de Leax.

—Quieto, «Lupus», ya habrá tiempo para darles mordiscos y entonces sabrán lo que es bueno.

El perro lobo, a regañadientes, mostrando sus colmillos al grupo de mujeres, se quedó vigilando a los caballos mientras Steve subía al vehículo con aquellas espléndidas mujeres de cabellos albinos y pupilas de color cambiante, que iban del dorado al púrpura.

Silenciosamente, sin dejar tras de sí radiaciones contaminantes, el vehículo se alejó llevándose a Steve dentro de él.

Delante iba la conductora del vehículo y una copiloto; detrás viajaban Steve y Jaria, y en dos filas más iban otras dos hembras de Leax con cascos y armadas y que permanecían atentas.

Steve no perdió el tiempo como en la anterior ocasión en que se había encontrado junto a Jaria. Alargó la mano sin que pudieran verle las otras mujeres y palpó el muslo de Jaria, que miró hacia el exterior, como no queriendo darse cuenta de lo que Steve hacía con sus piernas.

—¿Adonde me lleváis ahora, a sacarme la sangre?

—No.

—¿No puedes decirme adonde me lleváis?

Mientras preguntaba, Steve acariciaba la suave y cálida piel de Jaria y pasó las yemas de sus dedos presionando toda el área erógena en la unión de los muslos. Jaria, como única defensa, juntaba sus rodillas y apretaba los muslos el uno contra el otro como para impedir que los dedos del terrícola se introdujeran entre ellos.

—Alantaria quiere verte.

—¿Quién diablos es esa Alantaria?

—Ya lo sabrás.

—Preferiría saberlo de antemano, así sabría qué cara he de poner.

—¿Todos los terrícolas sois igual de irónicos?

—¿Y todas las súbditas de Leax sólo habláis lo que se os ha ordenado?

—Cumplo órdenes.

Con disimulo, cogió la mano de Steve para quitarla de sus piernas, que parecían desnudas y atractivas a los ojos del hombre. Este, que había captado un ligero sonrojo en las mejillas de Jaria, hizo fuerza para que no se la retirara.

—Alantaria es la suma sacerdotisa, comandante en jefe de la policía y de la milicia espacial.

—Vaya, una pez gorda, ¿eh?

—¿Pez gorda? No entiendo —dijo Jaria dubitativa, sin saber cómo escapar a las caricias del hombre que la afectaban profundamente.

Deseaba que prosiguiera y, por otra parte, se decía que debía cortar porque, poco a poco, con sus manos, con las yemas de sus dedos, él la estaba venciendo, sin más armas que aquella suavidad de tacto que la estremecía y enervaba.

—Quiero decir alguien importante.

—Es la principal hembra del imperio de Leax.

—Eso está bien, podré decirle algunas cosas que pienso.

—Si quieres seguir vivo, ten cuidado con tu lengua, terrícola.

—¿Es una tirana?

—Es la sabiduría después de los varones del imperio.

—Los varones, los varones… ¿Dónde están los varones? Quiero verlos.

—Yo no estoy autorizada para complacerte. Mira, ya llegamos al templo Prima.

Steve Mcsoon se interesó por observar el templo. Era como una media circunferencia que, a distancia, se asemejaba a un igloo de esquimales en su primera parte. Otra media esfera más pequeña estaba encima de la primera, una tercera encima de la segunda y así hasta siete. Sobre la última, más pequeña, se erguía algo que parecía un cilindro apuntando al cielo.

—¿Lo que está encima es un minarete?

—¿Minarete es una torre desde la que se vocea al pueblo religioso en algunas áreas del planeta Tierra?

—Sí.

—Desde aquí arriba no se vocea a nadie, está para ser contemplado.

—Entonces, es un símbolo fálico, no cabe duda.

—¿Un símbolo qué?

—Ya hablaremos en otro momento de ese tema. ¿Está ahí dentro Alantaria?

—Sí, Alantaria y sus sacerdotisas.

—¿Tú no puedes ser sacerdotisa?

—No.

—¿Por qué?

—Soy cosmonauta.

—¿Y qué privilegios tienen las sacerdotisas?

—El de ser madres.

—Vaya. ¿Y a ti te han condenado a ser virgen de por vida?

Ella no contestó y aprovechó la distracción de Steve por ver mejor el templo para apartar la mano masculina de sus bellas piernas.

El vehículo se detuvo junto a la entrada del templo, ubicado sobre una colina que dominaba la metrópoli que a Steve le parecía vacía.

Descendieron del vehículo dos de las agentes de seguridad y se quedaron allí en la puerta. Jaria le ordenó a Steve:

—Sígueme, terrícola.

Tras ellos, escoltándoles, iban cuatro hembras del servicio de seguridad.

Aquel edificio de singular construcción, que a lo lejos podía parecer pequeño, resultaba de proporciones grandiosas. La base de la semiesfera que arrancaba del suelo (Steve supuso que también poseería sótanos y subsótanos) era tan espaciosa que como mínimo calculó que tendría casi un kilómetro de radio.

La sensación de pequeñez, de insignificancia, era algo que se metía en las carnes a través de los poros. ¿Cuánta gente cabría allí reunida? Era casi imposible calcularlo, las paredes tenían un arco de circunferencia perfecto, se cerraban hacia lo alto sin concluir del todo, dejando un orificio de unos cien metros de radio que daba acceso a la otra media circunferencia que se hallaba encima.

Desconcertado, Steve miraba a un lado y a otro buscando escaleras o rampas, algo con lo que se pudiera subir, mas no veía nada, absolutamente nada adonde agarrarse. Era imposible trepar por aquellas paredes, máxime teniendo en cuenta que la altura era sobrecogedora mirada desde abajo.

—¿Vosotras habéis construido este templo? —preguntó, asombrado.

—Nuestros varones —le respondió Jaria.

—Diablos, son unos arquitectos y unos albañiles perfectos.

No vio más abertura que la puerta por la que acababan de entrar;

sin embargo, había luz, una agradable penumbra a la que los ojos se acostumbraban con rapidez. Era como si el material de que estaban compuestas aquellas paredes fuera traslúcido, lo que parecía imposible teniendo en cuenta la cantidad de pared que había sin refuerzos metálicos a la vista.

Jaria le condujo hacia el centro del extraño y silencioso templo donde sus pasos no resonaban pese a que el suelo estaba tan pulimentado que parecía cristal. Los sonidos quedaban absorbidos por la distancia.

—¡Soy terrícola! —gritó de pronto a pleno pulmón, sorprendiéndolas a todas, que se pusieron rápidamente en guardia, como si temieran que el prisionero fuera a rebelarse, atacándolas.

La voz de Steve Mcsoon sí se transmitió, rebotando en las paredes y volviendo en múltiples ecos, posiblemente porque había lanzado su potente chorro de voz, cargado de decibelios.

Vio que las súbditas del imperio de Leax se revolvían hacia él empuñando sus armas. Conocía los efectos del pequeño artilugio que manejaba Jaria, pero las policías tenían armas más poderosas con las que le encañonaron.

Steve no se asustó sino que, mirándolas, se echó a reír primero despacio y luego con carcajadas tan fuertes que fueron devueltas por las lejanas paredes de aquel singular y extraño templo Prima.

Jaria y las otras se miraron entre sí como buscando una explicación a la, para ellas, extraña reacción del terrícola que se reía después de lanzar su grito.

— ¡Basta! —le ordenó Jaria—, Calla y síguenos.

—¿Basta, y si no me callo, qué haréis, me vais a matar? No, no lo haríais, recuerda que la suma sacerdotisa me está esperando y si me desintegráis con vuestras armas, ella ya no podrá recibirme. Por lo que parece, soy un personaje importante. ¿Qué piensa hacer esa tipeja, ponerme un collar alrededor del cuello para sacarme a pasear cuando yo tenga deseos de mear?

—¡Sacrilegio! —exclamó una de las milicianas, indignadísima.

—No pongas las cosas difíciles, terrícola —le advirtió Jaria un poco conmovida—. Nos obligarás a que te robemos la conciencia. De todas formas, serás transportado y verás a la suma sacerdotisa.

—Está bien, está bien, ya basta de dispararme, se supone que es el macho el que dispara, pero en este imperio las cosas funcionan de otra forma.

Echó a caminar reanudando la marcha, y la tensión desapareció de los bellos rostros de las súbditas del imperio de Leax.

Jaria suspiró y se guardó su artilugio de defensa, aquel aparatito que más parecía una linterna que un arma.

Al llegar al centro de la gran nave principal de! templo, Jaria se detuvo y las demás también lo hicieron. Era fácil deducir que estaban en el centro a causa de unas circunferencias que había en el suelo de distinto color, una dentro de la otra.

De pronto, sin previo aviso, sorprendiendo a Steve pero no a las súbditas de Leax, uno de aquellos círculos se separó de los demás. Ellos estaban encima y fueron elevados rápidamente hacia lo alto como si se tratara de la plataforma de un ascensor, pero no seguía por ningunos raíles verticales ni estaba suspendido de cables o cadena alguna.

Rebasaron hasta tres de aquellas medias esferas colocadas cada una sobre la inmediata inferior, siendo más pequeña en volumen cada una que rebasaban hasta que la plataforma que les había subido como si fuera un plato volante quedó encajada en la base de la mitad de la esfera que Steve contó era la cuarta en altura.

Lo que no pudo ver era si habían sido propulsados hacia lo alto por un eje telescópico que había empujado la superficie circular o bien ésta poseía movilidad propia sin sujeción de ninguna clase.

La nave era espaciosa, aunque ya carecía de la inmensidad de la nave que había en la planta baja y que parecía ideada para recibir a una gran multitud de personas.

Aquel lugar despedía un perfume semejante al incienso pero más fuerte, hasta podía decirse que más excitante. La luz también era más intensa y la sala tenía mamparas que la convertían en una especie de laberinto.

Las mamparas o biombos eran planchas de oro con incrustaciones de piedras preciosas que representaban flores y vegetales en general, pero no había animales allí.

Steve miró hacia lo alto, donde no había un agujero circular como

en las semiesferas inferiores, por lo que dedujo que se debería acceder por otro lugar al piso superior y a los que le seguían, incluida la torre fálica que dominaba la cúpula del extraño templo como un grandioso ariete que apuntaba al cielo.

Le hicieron avanzar entre las laberínticas mamparas hasta que quedó en una sala iluminada con luz rojiza. Lo extraño era que allí no había ventanas, como en ninguna otra parte del templo Prima, .pero la luz de la estrella que iluminaba el planeta, filtrándose por aquella pared, adquiría un tono rojizo como si la luz traspasara un cristal rojo.

Ante él, a contraluz, había algo que podía parecerse a un altar y un trono con respaldo mediano pero de brazos poderosos.

Steve Mcsoon escuchó risas a derecha e izquierda y pudo ver a hembras de Leax, una cincuentena cuando menos. Todas vestían túnicas sin ceñir que las cubrían desde el cuello hasta los pies.

Eran túnicas de tela transparente que semejaban de cristal y Steve podía llenar sus retinas con tanta belleza como tenía a su alrededor, pues había que admitir que las hembras de Leax eran hermosísimas y, no sabía por qué, pero aún no había visto la fealdad de la vejez por parte alguna.

Los cuerpos femeninos tenían tonalidades rojizas que quedaban desvaídas por una especie de neblina que escapaba de unos recipientes de un metal muy brillante que podía ser oro

también, aunque resultaba difícil asegurarlo debido a las tonalidades púrpuras que inundaban Ia estancia.

Aquella neblina exhalaba un perfume tan fuerte que Steve casi sintió un vahído antes no se hubo acostumbrado a él; por contra, las mujeres parecían hallarse en su ambiente.

Sintió docenas y docenas de ojos clavados en su cuerpo, en su rostro, como si fueran escalpelos que le diseccionaban.

Por su derecha apareció la figura majestuosa de una mujer alta como la propia Jaria.

Vestía también túnica y además una capa y una diadema que fulguraba sobre su cabeza de cabellos dorados rojizos.

Steve deseó ver más de cerca el rostro de la suprema sacerdotisa

que, por lo visto, tenía gran poder en el imperio de Leax, tal parecía que ella era el enlace entre los varones y las mujeres del imperio.

Una de tantas y tantas cosas que Steve no comprendía de aquel ignoto mundo al que había ido a parar, era por qué no lograba entrevistarse con los varones.

Todas las féminas se inclinaron y algunas se arrodillaron en el suelo para reverenciar la presencia de la suma sacerdotisa. El único que quedó en pie, sin la más leve inclinación de acatamiento, fue Steve Mcsoon.

—Eres arrogante, terrícola —dijo Ia sacerdotisa cuando se hubo sentado en su trono.

Su voz, muy bien timbrada, poseía la seguridad de quien está acostumbrado al mando, pero era menos dulce que la voz de Jaria.

De pronto, Steve se preguntó a sí mismo por qué se había fijado tanto en Jaria, por qué le atraía aquella mujer que era la culpable de que él se hallara prisionero en aquel desconocido imperio espacial en el que estaba sufriendo vejaciones, pues tenía la impresión de que era tratado como un animal inferior.

A la velocidad del relámpago, pensó en el extraño Perímedes, tan distinto a él y tan preocupado como él por haber sido arrancado de su civilización.

—Quiero regresar a mi planeta —exigió con firmeza.

—Tu deseo es lógico, pero no serás complacido por el momento.

—¿En cuánto tiempo puedo cifrar lo que significa un «momento» para ti?

—No estás en actitud de exigir.

—Sé que soy vuestro prisionero, lo que rompe toda posibilidad de amistad entre mi civilización y la vuestra.

—La amistad puede llegar a existir, sólo queremos tener seguridades. Somos dos civilizaciones distintas y la nuestra está muchísimo más adelantada que la vuestra.

—Creer que la superioridad de una civilización se basa en una tecnología más avanzada es un error.

—¿Y según tú, arrogante terrícola, en qué se ha de basar la superioridad?

—En lo que en mi civilización llamamos humanidades.

—¿Puedes traducir eso a un lenguaje más inteligente?

—Sí, a la filosofía, a¡ amor entre los semejantes, y no semejantes, a la amistad de los distintos pueblos del espacio, a la obtención de una libertad total, a buscar la superioridad de la mente y a encontrar a Dios.

—¿Dios, qué Dios?

—El mismo que ha hecho el planeta Leax y el planeta Tierra, las estrellas que nos iluminan y todo el universo.

—¿En todo eso basas la superioridad de una civilización?

—Sí. Admito que la tecnología nos ayuda a vivir más tiempo, a trasladarnos de un lugar a otro, a ver con nuestros propios ojos otros mundos, pero sólo es una ayuda.

—Qué equivocado estás, terrícola. La superioridad de una civilización se basa en una mejor tecnología.

—No estoy de acuerdo. Un ser humano pensante e inteligente puede llegar a estados más altos de sabiduría en la soledad de los montes que otro individuo metido dentro de un complejo técnico superior.

—¿Cómo podrías demostrar eso?

Steve se encogió de hombros.

—No sé como demostrarlo, pero si tan superiores sois o al menos creéis serlo, deberíais haber alcanzado la paz y la felicidad, y me temo que no es así.

—¿Por qué supones que no la hemos alcanzado, arrogante terrícola?

—Porque se nota. Sois frías, casi autómatas, no poseéis libertades individuales y estáis sometidas a una rígida disciplina que coarta vuestra libertad personal.

—Ese es un concepto muy particular tuyo, terrícola. ¿Acaso en la

Tierra no estáis sometidos a la disciplina de vuestros superiores?

—Hay más libertades. Admito que antes de la terrible contaminación que sufrimos por culpa de la tecnología mal llevada sí éramos más disciplinados, pero luego renació la filosofía de las libertades individuales y de los dirigentes salidos de la base, y cuando algunos desaparecen, surgen otros de la propia base.

—Es mejor que no sigas diciendo estupideces, terrícola. Nuestra civilización está más avanzada que la vuestra gracias a la disciplina, a la selección de los mandos por los dirigentes que se suceden a sí mismos.

—Es posible que con vuestro sistema se avance' más aprisa tecnológicamente, pero no en humanidades, en el arte ni en muchas otras cosas. Vuestro sistema esclaviza. Yo soy un terrícola que he seleccionado mi propio destino; he estudiado para ser lo que soy, un amante de la Naturaleza, de la flora y de la fauna, y vivo amando mi trabajo y con mis propias libertades.

—Con estas discusiones absurdas no llegaremos a ninguna parte, terrícola. Nosotras estamos en posesión de la verdad y tú eres el equivocado, dejemos zanjada la cuestión.

—Comprendo. La razón la tiene la fuerza y como yo soy el cautivo, no puedo tener ninguna verdad en mis manos desnudas.

Steve se echó a reír en la cara de la suma sacerdotisa ante la sorpresa y desconcierto de las mujeres que allí estaban.

—Ahora que has terminado de reírle, terrícola, te diré que no eres el único espécimen que hemos capturado en planetas fuera de nuestro imperio.

—Ya lo sé, conozco a mi vecino de cautiverio, a Perímedes del planeta Sancor.

—Tal parece que tú eres el más estúpido, engreído y arrogante de todos. Quizá te pierde la soberbia de creerte superior a los demás.

—Yo no creo ser superior, simplemente busco la verdad de todo y no me conformo con nada establecido porque soy evolutivo. Y cuando hablo de evolución, no me refiero sólo a la tecnología en la que vosotras sustentáis vuestra civilización imperial.

—Te gusta hablar, ¿eh, terrícola?

—Cambiar impresiones es muy sano, siempre que se acepten las palabras y las razones del prójimo sin hacerle callar por la fuerza. Ya me he dado cuenta de que sois muy avaras con la palabra.

—Hablar demasiado está reñido con el sentido de Ia disciplina.

—Y la excesiva disciplina está reñida con las libertades.

—¡Basta! —estalló sin poder contenerse más la suprema sacerdotisa.

—Si no quieres que hable, ¿para qué me has hecho traer a tu presencia?

—No tengo por qué darte explicaciones —replicó ella. Acostumbrada a ordenar, no soportaba bien las réplicas.

—A través de vuestros sistemas televisivos ya me habrás podido ver a tus anchas y también te habrán dado mis datos físicos. ¿Qué quieres de mí en realidad?

—Esperaba de ti que fueras más consecuente con tu propia posición.

—Soy vuestro cautivo, pero no me siento esclavo. Si eso ha de costarme la vida, podéis matarme, pero jamás me sentiré esclavo.

—No puedes quejarte de tu situación, te hemos instalado en un valle semejante al que estabas en tu planeta.

—No es lo mismo —corrigió Steve.

—¿Por qué? ¿No hay árboles, hierba, no hay un riachuelo, no tienes a tus caballos y ese extraño animal al que llamas «Lupus»?

—En el valle de mi planeta Tierra yo era libre y aquí soy un prisionero. Habéis puesto una cerca electromagnética para que no escape. Allí tenía un trabajo que me apasionaba y aquí sólo estoy a la espera de lo que decidáis hacer conmigo.

—No podemos darte una labor en nuestro imperio porque nuestra tecnología, como bien sabes, es muy superior a la vuestra.

—Vuestra tecnología no afecta a mi profesión. Soy ecólogo y puedo estudiar la vida de Ia flora y de la fauna, la Correlación entre ellas y el ambiente que las envuelve.

Alantaria, suavizando un poco su actitud, se aposentó mejor en su pequeño trono.

—Si sólo se trata de eso y te has de sentir más cómodo, lo pensaremos.

Le miró con ojos distintos; se había dado perfecta cuenta de que el terrícola era un espécimen indómito y aun siendo la suma sacerdotisa, en ella, como en todas las hembras de Leax, había una raíz de atracción y obediencia al varón, raíz que en el planeta Tierra había sido extirpada para conseguir Ia igualdad tota! entre ambos sexos.

—Voy a decirte algo importante, terrícola.

Mientras se disponía a escuchar, pese a los vahos húmedos que salían de aquella especie de incensarios y al color rojizo de la luz, Steve reconoció a dos de las hembras que allí estaban. Eran Orbia y Zacia, que ya no vestían sus trajes de cosmonauta como Jaria, sino aquellas túnicas transparentes que mostraban la belleza de sus cuerpos esbeltos, ágiles, bien redondeados en sus pechos, caderas y muslos. Quizá era el tipo de alimentación lo que las hacía tan perfectas. Tenían algo de felino en sus movimientos y sin proponérselo, pese a la frialdad de sus rostros, sus movimientos eran altamente sensuales.

—De todos los planetas visitados por las cosmonaves del imperio de Leax, la Tierra es el que posee los seres inteligentes más parecidos a nosotros.

—¿Física o espiritualmente? —preguntó Steve.

—Anatómica y biológicamente. Tú no eres el primer terrícola que ha llegado a Leax.

—¿Dónde están los anteriores?

—Murieron.

—¿Los matasteis?

—No, simplemente murieron, no resistieron las pruebas biofísicas. También es cierto que tú has .tenido la suerte de que ya hubiéramos tomado unas determinadas precauciones.

—Menos mal... Después de convertirme en un colador a pinchazos y hacerme pruebas que atenían contra el más elemental de los

derechos humanos, habéis tomado alguna precaución para que no me quedara frío en la mesa de disecciones, porque seguro que me hubierais destripado para ver como soy por dentro.

—Estás hablando de algo que no te ha sucedido, vives y estás sano y salvo, y si examinas tu cuerpo no descubrirías signos de tortura.

—Está bien, no he sido torturado. Soy de una civilización que física, biológica y anatómicamente es parecida a la vuestra, quiero decir que nuestras mujeres terrícolas se parecen a vosotras, pues no sé aún si yo me parezco a vuestros varones porque no los he visto.

—Tienes las mismas constantes físicas y biológicas. Sorprendentemente, hay posible homogeneidad en la sangre.

—¿Y en los espermatozoos?

—También.

—¿Debo entender que si me acostara con una de vosotras 110 habría problemas para engendrar nuevos seres?

—Nuestra ciencia asegura que no habría ningún problema.

—Menos mal. Después de conocer a Perímedes he visto que seres igualmente inteligentes podemos ser completamente distintos.

—Perímedes es muy diferente y también otros individuos que han sido traídos aquí procedentes de distintas civilizaciones. En cambio, los terrícolas sois muy iguales a nosotros.

—Quién sabe si, en cierto modo, procedemos del mismo lugar.

—¿Del mismo lugar? No entiendo.

—Hay leyendas en mi mundo que hablan de que vinieron dioses del cielo que se unieron con las terrícolas más primarias y de esta unión nació lo que ahora somos.

—Es extraño, en Leax también existen esas leyendas, aunque hace mucho tiempo que dejaron de divulgarse.

—Pero tú, como suprema sacerdotisa, las conoces.

—Tengo obligación de conocerlas.

Suspiró ligeramente, había comenzado a sentirse cómoda hablando

con Steve Mcsoon aun delante de las demás mujeres, incluyendo a las vírgenes que aguardaban el momento de la concepción, de las milicianas y de la propia Jaria, que asistía silenciosa a la singular entrevista. Se notaba que todas tenían un gran respeto y temor a Alantaria.

—Eres más inteligente de- lo que cabía esperar de una civilización como la terrícola, que no hace mucho tiempo estuvo a punto de destruir todo signo de vida en su planeta. Quiero que sepas que nuestro consejo de varones ha ordenado que se haga una competición física entre los distintos seres que han sido traídos de los planetas sometidos a observación.

—¿Una competición física? —se asombró Steve.

—Sí. No podréis emplear armas ni artilugios, sólo vuestra fuerza física y al vencedor se le entregará un premio.

—¿Qué premio?

—No está establecido.

—Si no es el premio que yo quiero, no participo.

—El que no participe será exterminado.

—Pues me liquidáis, así os perderéis la diversión.

—Suponiendo que participes y ganaras, lo cual dudo, pues tus competidores son físicamente superiores a ti, ¿qué pedirías como premio?

—Mi regreso al planeta Tierra.

—Eso es demasiado.

—Es mi derecho, es mi libertad.

—Sugeriré tu petición al consejo de varones, lo que no' quiere decir que sea aceptada.

—¿Cuál será la prueba?

—Se te comunicará en su momento, como a todos los demás que han de participar.

—¿Todos seres de otros planetas como yo?

—Sí.

—Si he de luchar contra ellos físicamente, si he de causarles algún daño, me niego a participar en la prueba.

—Tú participarás. Si no quieres atacarles, no lo hagas, pero te recomiendo que te defiendas, los hay muchísimo más belicosos que tú y con propiedades físicas superiores a Tas tuyas.

Por unos instantes, Steve pensó en el extraño Perímedes. Le pareció tímido y a la defensiva más que a la ofensiva, pero disponía de cuatro fuertes patas para correr y dos manos para ayudarse.

Recordó la gran velocidad que podían alcanzar pequeños seres como arañas o crustáceos en proporción a su tamaño, y dedujo que en volumen gigante, su velocidad sería muy superior a la que tenía un terrícola como él.

Desestimó la idea de tener problemas de pelea con Perímedes cuando le había ofrecido noblemente amistad.

—Si en el momento en que haya de comenzar esa prueba con la que pretenden divertirse vuestros varones después de que hemos dejado de ser algo nuevo para ellos, no se me comunica que el premio por vencer será el de ser regresado el ganador a su planeta de origen, no participaré aunque haya de ser ejecutado.

Alantaria no le había quitado ¡os ojos de encima, parecía sorber cada una de las palabras del varón terrícola, de aquel macho que como toda indumentaria seguía llevando sus ajustados pantalones azul claro y unas botas.

Su torso desnudo aparecía cubierto de un abundante vello que, sin él saberlo, excitaba a las féminas. Era como si las atrajera el primitivismo que significaba el vello masculino.

Cuando terminó de lanzar su advertencia, Alantaria se levantó de su trono y se colocó frente al altar. Abrió unas puertecillas que tenía delante y extrajo unos recipientes de cristal o material que se le parecía.

Vertió el contenido de tres de ellas en una copa de finísimo oro labrado y que estaba sostenida por un pie en el que se hallaban incrustados brillantes perfectamente tallados.

. —Terrícola, acércate.

Steve deseó preguntar qué era lo que la suma sacerdotisa pretendía, pero se contuvo, no quería demostrarle que desconfiaba de ella. Quería seguir pareciéndole desafiante y arrogante, no iba a medrar ni a suplicar nada.

Se acercó a la sacerdotisa y ella alzó aquel copón acercándolo luego a sus labios llenos de vigor, a juzgar por la intensidad del color que a Steve le pareció natural.

Bebió una porción del contenido, lo apartó de su boca y lo acercó a Steve,

—Toma y bebe.

—¿Qué es?

Ella sonrió irónica.

—¿Temes que te envenene?

—No, podías haberlo hecho ya si lo hubieras deseado utilizando los alimentos que he ingerido en ese barracón en el que me habéis confinado.

—Entonces, bebe, sólo es una forma de sellar un pacto.

—¿Y cuál es mi parte del pacto?

—Tendrás tiempo de saberlo y, descuida, que sugeriré al consejo de varones que tu petición sea atendida.

Suponiendo que era una especie de vino o aguardiente y desconociendo los protocolos, normas y cortesías del imperio de Leax, Steve tomó la copa y la llevó a sus labios; si ella había bebido, él también podía hacerlo.

El brebaje llegó a sus labios y se filtró entre sus dientes hasta las papilas del sabor y el olfato. El líquido tenía una frialdad agradable al tacto de la lengua y su sabor era seco, quizá algo dulzón.

Podía decirse que era una mezcla de vino de uva con otros jugos vegetales. Bebió y bebió hasta consumir la copa. Lo cierto es que nada más comenzar a beber se había despertado en él una sed casi insaciable que le había obligado a beber todo el contenido de aquel copón de oro.

—Ya está, y ahora, Alantaria, me gustaría conocer al consejo de


varones.

—No es posible.

—¿Por qué?

—No te han concedido audiencia.

—Empiezo a deducir que el consejo de varones lo forman muy pocos miembros. ¿Sólo son ellos los fecundadores de tanta hembra como hay en el imperio de Leax?

—Es su deber y también su privilegio.

Steve Mcsoon comenzó a notar un grato calorcillo en las plantas de sus pies que fue ascendiendo por las piernas, un calor que se tornó fuertemente sensual mientras sus pupilas se dilataban ligeramente y lo veía todo más rojo.

Vio con mayor claridad los pechos de aquellas hembras del imperio de Leax y se sintió atraído hacia ellos, pero como todavía conservaba una fuerte capacidad de raciocinio, se contuvo.

—Marchaos —ordenó de repente Alantaria a las policías y a Jaria. Esta dudó, era muy posible que dudara por primera vez en su vida ante una orden que recibía, y nada más y nada menos que de la suma sacerdotisa.

—Es que... —vaciló Jaria tratando de objetar algo que se le atragantó.

Veía a Steve como indefenso tras haber vaciado en su cuerpo el contenido de aquel copón que le ofreciera Alantaria.

—Aléjate, Jaria, serás llamada oportunamente.

Jaria bajó la cabeza y se retiró, acatando la orden. Steve la vio desaparecer entre las mamparas de oro mientras él quedaba .frente a la sacerdotisa, rodeado de todas aquellas hembras que eran una especie de harén en el que se hallaba como indefenso.

CAPITULO VI

Tuvo la impresión de que levitaba, de que le habían brotado unas alas que le ayudaban a remontarse.

Se elevó y elevó, y cuando creía que su cabeza iba a chocar contra un techo, lo cruzaba como si no existiera, como si transformado en un espíritu tuviera la facultad de traspasar los cuerpos sólidos.

Se elevó hasta lo más alto de aquel altísimo minarete o cúpula que se hallaba sobre el extraño templo formado por medias esferas, colocadas una encima de otras, siendo más pequeñas cuanto más arriba estaban, y pudo ver aquella ciudad atrevida en sus líneas y en su arquitectura, una ciudad que se le antojaba fría y hostil.

Su sentido profesional y su instinto personal rechazaban aquella ciudad pese a su avanzada tecnología. Era un ecólogo y amaba la Naturaleza libre, salvaje, sin aprisionar.

Se hallaba suspendido en el aire junto a la cúspide del templo, a varios cientos de metros de altura, cuando tuvo la impresión de que perdía el poder de mantenerse en el aire.

Quiso evitar la caída agarrándose a aquella especie de cilindro que era el minarete, mas sus dedos no encontraban adonde asirse y caía y caía cada vez con más velocidad, una velocidad que aumentaba progresivamente.

—¡ Aaaaaah! —gritó, desprendiéndose de la pared.

La muerte por aplastamiento era ya segura; sin embargo, al llegar al suelo, no se quebrantaron sus huesos, no se deshicieron sus órganos. Traspasó el suelo y se hundió, cayendo en una profunda sima que se había abierto bajo él.

Aquella caída hacia las profundidades después de haberse elevado tanto, no parecía tener fin y era tan acelerada, estaba rodeado de tanta oscuridad, que no tenía capacidad suficiente para pensar ni razonar sobre Io que le estaba ocurriendo. Bruscamente, llegó al fondo.

Contra lo que había esperado, cayó sobre un inmenso colchón blando y suave mientras escuchaba cuchicheos en derredor. Relámpagos de luz le cegaron momentáneamente; eran relámpagos amarillos, azules, verdes, rojos, cambiaban de color.

—Jaria —llamó, sabiéndose rodeado de mujeres del imperio de Leax.

—Demuestra tu poder, terrícola.

—Jaria...—repitió.

—Realza tu vigor —le ordenaba una voz cargada de sensualidad mientras otras voces femeninas cantaban.

Se levantó sobre aquel colchón en el que parecía tener dificultades para mantenerse en pie; era como si caminara encima de una nube.

Una mujer apareció ante él nítida y sensual, muy atractiva en su completa desnudez.

—Orbia...

Ella se le acercó hasta tocarle el torso velludo con sus pechos altos y turgentes, de pezones erectos cargados de vida.

—¿Dónde está Jaria? —preguntó.

Notó las manos de ella que recorrían su cuerpo palpándolo, acariciándolo. Quiso apartarse de sí, pero terminó ciñéndola por la cintura.

Cayeron juntos y una agradable y excitante nube perfumada les envolvió. Sus instintos sexuales se desataron mientras su cerebro se llenaba de deseo, de color, de olor. Gozó el amor con Orbia y rodó a un lado y a otro hasta quedar extenuado, rugiendo.

Sus deseos de placer sexual no habían concluido, no parecían saciados. Cuando se volvió, halló junio a él el cuerpo bello y virgen de otra súbdita del imperio de Leax.

—Orbia... No, no eres Orbia, eres, eres Zacia, sí, Zacia...

Se sintió besado, arañado. Era como si hubiera despertado los instintos de una feroz felina a la que trató de sujetar con un abrazo fuerte que los unió, les hizo rodar y gemir, mientras una música suave inundaba el cerebro del terrícola, aturdiéndole e impidiéndole pensar.

—No, no, basta, basta.

Quiso apartar aquel cuerpo. Al tocarlo, abrió los ojos y descubrió que no era una mujer.

—¡«Lupus»...

El perro lobo mostraba su satisfacción al ver despierto a su amo.

—«Lupus», «Lupus»...

Estaba en la litera del barracón. Se incorporó y pudo ver a los caballos al fondo, en los pesebres. Terminó por levantarse y buscó agua para empapar su cabeza y su torso. Se sentía ligero y a la vez exhausto.

Deseó tener un Lugar donde zambullirse y nadar, pero el riachuelo no estaba tan cerca como para llegar a él en una simple corrida.

Sintió un hambre feroz, un hambre propiamente animal, y se acercó a la máquina suministradora de alimentos. Pulsó el botón y miró los platos, que no tenían mal aspecto. Además de legumbres había carne y no quiso preguntarse de qué carne se trataba, sólo tenía deseos de engullirla.

Vio a su fiel «Lupus» sentado junto a él esperando pacientemente a que su amo le diera su parte y Steve no se la hizo esperar, cogió el plato de carne y lo puso en el suelo a su alcance.

—Ya puedes comer, «Lupus». Si supieras hablar me explicarías cómo he llegado hasta aquí, aunque quizá sea mejor ignorarlo.

Volvió a pedir a la máquina más alimentos y le salió una bandeja similar a la anterior.

Tenía la impresión de que hacía una semana que no se alimentaba a juzgar por el hambre que sentía.

«Lupus» estaba lamiendo el plato, pues por lo visto en aquella ocasión el sabor del alimento había sido de su agrado, cuando gruñó sonoramente. Era un gruñido de amenaza que alertó a Steve.

—¿Qué sucede, «Lupus»?

Miró hacia la puerta y descubrió al extraño ser procedente del ignorado planeta Sancor, aquel ser que era una mezcla de cangrejo, araña y pulpo, especialmente por su cabeza, que era como una burbuja malva que se elevaba por encima del cuerpo. Lo que más llamaba la atención en él eran sus enormes ojos de mirada casi fija.

—Hola, Perímedes —le saludó dándole muestras de confianza, pese

a que hasta los caballos se asustaron ante su presencia.

—Tranquilo, «Lupus», es un amigo.

Perímedes, que estaba en el umbral de la puerta, miró hacia «Lupus» y, emitiendo sus extraños ruidos con la boca, preguntó:

—¿También él es un terrícola?

—Sí, pero es un perro.

—¿Qué es un perro?

—Bueno, es de la familia de los canes y tiene mezcla de lobo.

—¿Lobo?

Steve comprendió que no era fácil explicarle a Perímedes lo que era un perro y le preguntó a su vez:

—En Sancor hay otros seres vivientes de familia animal además de vosotros, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué hacéis con ellos?

—Capturarlos y alimentarnos con ellos.

—De modo que sois carniceros.

. —Sí.

«Lupus» volvió a mostrar sus colmillos; aquel ser, tan extraño para él, no le inspiraba ninguna confianza.

—«Lupus» es un animal domesticado y digamos que poco inteligente, un animal de compañía. ¿No tenéis en Sancor animales de compañía?

—No. Para nosotros, los animales se dividen en dos grandes grupos: los que nos sirven como alimento y los que no son buenos para comer, claro que hay animales que desean devorarnos a nosotros. Tu «Lupus» parece un carnicero cazador.

—Y lo es, pero está domesticado y no ataca a los humanos, salvo que éstos muestren una actitud agresiva. Por cierto, ¿cómo has

cruzado la barrera electromagnética?

En vez de responder de inmediato a la pregunta, Perímedes hizo otra a su vez.

—Tú saltaste, ¿verdad?

—Sí, por encima.

Perímedes, entre preocupado y decepcionado, miraba a Steve y luego a los caballos.

—¿Cómo te divides en dos? —preguntó muy intrigado.

—No me divido en dos, soy tal cual me ves.

—Pero tú eras más grande y formabas parte de uno de esos animales que hay al fondo.

—Son caballos.

—¿Son comedores de hierbas?

—Sí, yo subo sobre ellos y me llevan.

—¿Como si fueran una máquina?

—Sí. ¿No tenéis en Sancor ningún animal domesticado que tenga fuerzas sobradas para llevaros a vosotros encima?

—No; en Sancor siempre vamos cómo yo ahora o en automóviles.

—Pues nosotros podemos utilizar los caballos. Era un medio de transporte que casi habíamos perdido hasta que nos reencontramos con nuestra naturaleza, pero es muy largo de contar. ¿Cómo has conseguido cruzar la barrera?

—Excavando un túnel.

—Me lo imaginaba. ¿Te ha sido muy difícil?

—El suelo está duro, pero lo hice durante la noche. Quería ver si es cierto que vivías como yo,, terrícola.

—Pues, ya ves.

—De todos modos no hay posibilidad de escapar, no tenemos naves

con las que huir de este planeta.

Steve suspiró.

—Y si escapamos de nuestro encierro, nos encontrarán fácilmente. Los súbditos de este imperio poseen una tecnología muy avanzada y no me extrañaría que nos estuvieran observando ahora, aunque no creo que entiendan lo que hablarnos porque las telecámaras, por suerte, rio captan la telepatía.

«Lupus», tras comprobar que su amo se mostraba tranquilo ante aquel ser tan extraño, relajó su actitud de amenaza aunque no la de vigilancia.

—¿Podrías subirte a un caballo para ver cómo Io haces? —preguntó Perímedes.

—Sí, claro.

Escogió al caballo bayo, lo separó de! pesebre y subió sobre su grupa. Perímedes lo. observó con sus grandes ojos que en todo momento daban sensación de asombro.

—Es magnífico, así te transformas en un ser mucho más grande. ¿Saltaste la barrera con el caballo?

—Sí.

—Debe de correr mucho.

Steve se preguntó si Perímedes estaría al corriente de que el consejo de varones preparaba una competición entre todas las criaturas capturadas. Si lo sabía, debía estar observando las posibilidades de que disponía Steve para salir victorioso.

—Estos animales son muy dóciles, no atacan en absoluto.

La admiración de Perímedes hacia el terrícola se reflejaba en sus ojos.

—¿Subes también sobre el otro animal? —preguntó, señalando a! perro lobo.

—No. Sólo se puede montar o dejarse arrastrar, por animales que tienen un sobrante de fuerzas después de mover su propio cuerpo. ¿Qué te parece si salimos a ver sí hay prisioneros como nosotros?

—Los hay —respondió Perímedes con seguridad—. Los he oído rugir.

Steve volvió a preguntarse si Perímedes podía resultar al final un ser agresivo. Sus brazos, con manos tentaculares, parecían muy fuertes y cada uno de sus dedos bastaba para transformarse en una soga mortífera alrededor del cuello de un terrícola y poseía seis en cada uno de los extremos de los dos brazos.

Como si Perímedes hubiera captado este pensamiento, todavía impresionado por lo que Steve conseguía al montar sobre un caballo, bajó sus dedos hasta el suelo con actitud de no agresividad. Aquella postura incluso tranquilizó a «Lupus», que movió !a cola y se acercó a su amo interrogándole con la mirada, pues, ante aquel ser tan extraño no sabía qué actitud adoptar.

CAPITULO VII

Jaria recibió con disgusto el comunicado de que quedaba relevada de servicio. La orden especificaba que le era otorgado un permiso de catorce días. Desde la captura de Steve Mcsoon, ella había sido responsable del prisionero y, en ciertos momentos, se había sentido culpable, como si de pronto adquiriera una conciencia que ignoraba poseer.

Ella había viajado al planeta Tierra con unas informaciones muy detalladas de la labor que debía ejecutar. Otras naves del imperio Leax la habían precedido y otros terrícolas habían sido secuestrados, pero luego habían muerto.

Junto con Orbia y Zacia, Jaria poseía ya unos informes preciosos para encontrar lo que se deseaba capturar.

Había descubierto a Steve y lo había observado científicamente y su instinto femenino la había empujado hacia él, aunque no quisiera admitirlo.

A medida que había ido conociendo más y más al terrícola cautivo, se había sentido más atraída hacia él. No había habido forma de considerarlo como enemigo porque, después de todo, tampoco lo era

ni la había atacado.

Poco a poco, se había sentido responsable de lo que le sucedía a Steve, al que había subestimado en un principio debido a los prejuicios con que ya iba cargada en su viaje al planeta Tierra, pues la información que se le había dado respecto a los terrícolas era que su escasa inteligencia la suplían con la astucia.

Sin embargo, después de conversar con él, después de oírle polemizar con la mismísima suma sacerdotisa, se había dado cuenta de que los prejuicios con que la habían cargado no eran válidos y el terrícola sí era inteligente.

Hasta aquel momento, todo en su vida lo había hecho dirigida por las órdenes de sus superiores, que siempre los había tenido, pues el escalafón jerárquico de las mujeres del imperio de Leax tenía su cumbre en Alantaria. Después de ella, ya estaba el consejo de varones, cuyas resoluciones o sentencias jamás podían ponerse en duda.

Como toda súbdita del imperio, Jaria había sido entrenada desde la niñez para obedecer sin objeciones, pero comenzaba a abrir los ojos a la conciencia, a la verdad y a su propia personalidad siempre sometida.

Se descubrió .a sí misma casi maldiciéndose por ser una súbdita del imperio que tenía que obedecer y obedecer. Cuando creía tener la facilidad de estar cerca del terrícola hacia el que se sentía atraída, le daban un permiso que no era a petición suya, sino una orden que en aquel momento la reventaba, pues sabía que no tenía otro remedio que obedecer.

Se preguntó si aquella orden de permiso para que no interviniera más había sido dada por la propia Alantaria al observar su duda cuando estuvo en su presencia.

Fuera lo que fuese, estaba libre de servicio y podía marcharse adonde le diera la gana para disfrutar de los campos o los océanos del planeta Leax.

Conectó la cadena de evasión en su receptor de TTV y la pantalla gigante a color y tridimensional se iluminó. Estuvo visionando una historia aburrida, una historia de las tantas que pasaban por TTV para que todas las súbditas del imperio continuaran siendo como eran.

Cerró el aparato y dio vueltas por su apartamento hábitat como una fiera enjaulada. Terminó saliendo al exterior y montó en su

pequeño vehículo particular para dirigirse al club social.

Allí podía jugar a varios deportes o nadar en !a piscina de aguas, rosadas y perfumadas en un ambiente húmedo y cálido que quemaba grasas, limpiaba los poros y mantenía sus cuerpos elásticos y perfectos.

Se desnudó y anduvo hacia la piscina donde nadaban y retozaban. Allí sólo había mujeres, como en todas partes, ya que los varones no se dejaban ver hasta el momento de la fecundación de las hembras, aunque todas estaban convencidas de que constantemente eran observadas por los varones a través de las telecámaras esparcidas por todas partes y que la selección de vírgenes para ser fecundadas no estaba hecha al azar sino que las escogían los propios varones.

Era tan natural aquel sistema de selección que a ninguna le parecía extraño. Cuando abandonaban las escuelas juveniles, ya tenían derecho a pasar a los clubs o centros de adultas y la mayoría de ellas esperaban ser seleccionadas para contribuir con un hijo o una hija al imperio de Leax, aunque poco sabían de sus hijos una vez se les destetaba, ya que pasaban a ser parte del imperio e ingresaban en las escuelas correspondientes.

Por primera vez, Jaria no se sintió cómoda con su desnudez total caminando por el borde de la magnífica y gran piscina. Tuvo la impresión de que estaban escrutando su cuerpo joven, elástico y hermoso.

¿Le habrían ordenado el permiso para seleccionarla luego para la procreación? Aquella idea aumentó su nerviosismo y se lanzó al agua de cabeza como queriendo desaparecer en ella.

Jaria nadaba muy bien y avanzaba con rapidez por la piscina. Tocó uno de sus lados, dio la vuelta sobre sí misma y volvió a hacer el largo de la piscina. Había hecho unos cuantos cientos de metros cuando se detuvo.

Sacó la cabeza fuera del agua y se mantuvo en ella. Unas risas llamaron su atención. Volvió la cara hacia ellas y descubrió a Orbia y Zacia, que juntas retozaban en el agua.

—¡Jaria!

La muchacha quedó un poco desconcertada en principio y después nadó al encuentro de sus dos amigas, que habían sido subordinadas y compañeras suyas en el viaje al planeta Tierra.

—Orbia, Zacia, ¿qué hacéis aquí, no estabais en el templo Prima?

—Ya hemos terminado —dijeron las dos a un tiempo, riéndose.

Jaria observó una alegría en las dos jóvenes que no había descubierto antes en ellas y tampoco en las demás mujeres del imperio. Era como si hubieran recibido una inyección de alegría y ansias de vivir.

—Es raro, ¿no?

—¿Por qué? —preguntó Orbia.

—Las elegidas para la procreación pasan más tiempo en el templo Prima.

—Nosotras fuimos elegidas y seleccionadas para la fecundación.

—¿Y habéis sido ya poseídas por los varones?

Orbia, sin dejas de reírse, le espetó:

—No podemos decirte nada, Jaria. Ahora no eres nuestra inmediata superior y obedecemos órdenes.

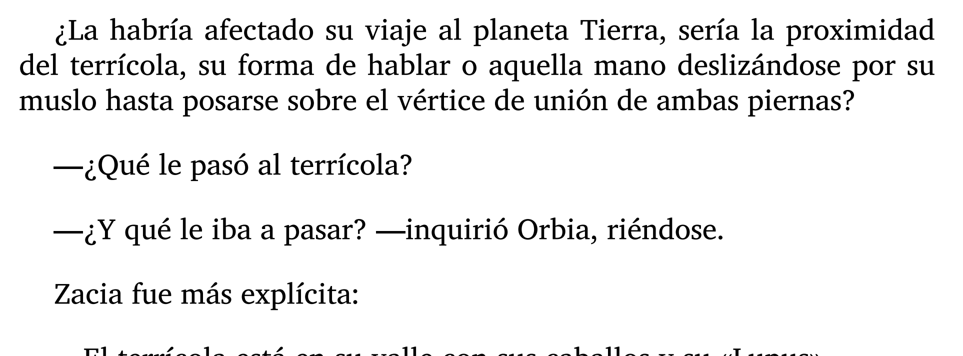
Todo aquello la sorprendió, no encajaba en lo que Jaria conocía hasta aquel momento.

Cada situación tenía un orden en el imperio de Leax, y en Orbia y Zacia esa orden semejaba haberse roto y las dos parecían felices y juguetonas, excepcionalmente alegres.

Pensó en Steve, en el momento en que le había dejado dentro del templo Prima. No había sabido nada del terrícola desde entonces y le recordó viéndose obligado a beber de la copa preparada por Alantaria.

Sintió como una mordida en sus entrañas, desconocida hasta entonces. Jaria no supo que aquello eran celos y comenzó a odiar a Alantaria, a su poder omnipotente sobre las demás mujeres del imperio.

Se dio cuenta de que odiaba a Alantaria, a la suma sacerdotisa elegida por el propio consejo de varones y no por las súbditas del imperio. ¿Qué derechos tenían? Comenzó a abrir su mente a preguntas, a reflexiones en las que no había llegado a pensar jamás.



¿La habría afectado su viaje al planeta Tierra, sería la proximidad del terrícola, su forma de hablar o aquella mano deslizándose por su muslo hasta posarse sobre el vértice de unión de ambas piernas?

—¿Qué le pasó al terrícola?

—¿Y qué le iba a pasar? —inquirió Orbia, riéndose.

Zacia fue más explícita:

—El terrícola está en su valle con sus caballos y su «Lupus».

—Pero, ¿está bien? —insistió Jaria, preocupada.

—Está perfectamente —dijo Orbia, y se zambulló sin alejarse de sus amigas; era como el jugueteo de una adolescente que es feliz.

—Lo siento, Jaria, pero no podemos contarte lo que sucedió.

—¿Por qué?

—Es una orden, ya te lo hemos dicho y sabes que las órdenes no se discuten.

—Lo sé, pero...

Orbia salió del agua, resoplando como una bella cetácea. Jaria comenzaba a notar que le costaba dominar su irritación.

—Jaria, sólo te podemos decir que el terrícola es un magnífico ejemplar de varón.

—Ya lo sé—replicó a Orbia.

Zacia, entre enigmática y burlona, comentó:

—Es una pena.

—¿Una pena, el qué?

En vez de responder a su pregunta, Orbia comentó:

—Sabemos que te han ordenado unas cortas vacaciones para que te desintoxiques de tanto terrícola.

—¿Desintoxicarme yo?

En aquel juego de frases, de intenciones, Orbia y Zacia se divertían

haciendo sufrir a Jaria, que tanto se interesaba por el terrícola.

—Si tienes problemas de indecisión, ya sabes que te rebajarán un grado en tu jerarquía de cosmonauta y te llevarán a rehabilitación psíquica —rezongó Orbia casi como una amenaza.

Jaria había oído hablar muchas veces de la rehabilitación psíquica, incluso había conocido a otras súbditas del imperio Leax que habían pasado por dicha rehabilitación y no le gustaba lo que le habían contado.

Los electrodos colocados en su cerebro y la supresión de una incipiente rebeldía exterminaban su personalidad.

—Estoy psíquicamente bien —replicó Jaria.

—Pues tu comportamiento es un poco raro. Preguntas mucho por el terrícola, y a Alantaria no va a gustarle.

Estuvo a punto de mentar a Alantaria en medio de una frase peyorativa, pero se contuvo y trató de ir con más tiento.

—Sólo preguntaba por él porque me siento un poco responsable de ese espécimen cautivo.

—Es un espécimen muy vigoroso.

Orbia se rió de nuevo, zambulléndose después.

Jaria comprendió que su deseo de saber, su preocupación, su interés por el terrícola, la convertían en una especie de juguete en las manos de Zacia y Orbia, percatándose de que nada iba a conseguir tratando de sonsacarlas.

Se echó de espaldas y nadó en esta posición, alejándose de sus amigas. Nadó durante unos minutos y, de reojo, observó que Orbia y Zacia seguían con sus juegos, alegres como si compartieran un secreto que las hacía felices.

Terminó saliendo de la piscina y paseó su bella anatomía, felina y sensual. Fue al secador-bronceador y se tendió sobre una de las literas, exponiendo toda su piel a los rayos que brotaban del techo repleto de lámparas de infrarrojos y ultravioletas.

Después, se vistió y se metió en su vehículo alejándose del club. No tenía deseos de jugar a nada, ni de hablar con nadie más. Contra lo

esperado, Orbia y Zacia la habían puesto aún de peor humor.

Se alejó con su vehículo de la metrópoli y de sus áreas residenciales y se introdujo en un vial para devorar kilómetros.

Lo que en el fondo deseaba era llegar al valle donde se hallaban recluidos los seres capturados en otros planetas. Al fin, como no se le había prohibido que se acercara por allí de una forma taxativa, abandonó el vial y se dirigió al valle de los cautivos no pertenecientes al imperio de Leax.

Conocía los viales secretos por los cuales podía cruzarse la invisible cerca electromagnética que impedía la fuga de los cautivos y utilizó las áreas donde no existía la posibilidad de ataques por parte de los secuestrados, todos ellos seres inteligentes más o menos civilizados, aunque de formas muy distintas en su anatomía. Incluso la agresividad no era igual en todos ellos.

Con su vehículo silencioso, Jaria llegó al amplio recinto donde debía estar recluido Steve.

Había viajado hasta allí sin permiso alguno y no quiso pensar en la posibilidad de ser enviada al servicio de rehabilitación psíquica.

Se detuvo frente a la puerta y permaneció unos segundos dentro de su vehículo, como esperando que apareciera Steve. No lo vio y tampoco al perro. Intrigada, abandonó el vehículo y se adentró en el amplio barracón.

Vio la litera vacía, la mesa para comer también vacía y restos de platos y vasos degradables metidos en el recipiente correspondiente.

Miró hacia los caballos y sólo contó cuatro. Pensativa, se acercó a los animales y éstos no se asustaron de su presencia. Llegó hasta el alazán y le tocó el pelaje, que le pareció muy suave; el animal se comportó amistosamente.

Tuvo intención de montar sobre él, como viera hacer al terrícola, mas no se atrevió. Subir sobre un animal vivo no era lo mismo que conducir un vehículo al que se podía controlar perfectamente. El caballo, en cambio, podía tener sus propias e inesperadas reacciones. Palmeó las ancas del animal y se apartó de ellos.

Fue hacia la litera, la miró y descubrió la huella del cuerpo del hombre. Acercó -sus dedos con cuidado, casi con amor, y tocó la litera. Se sentó luego sobre ella y terminó tendiéndose, como

queriendo ocupar las huellas de Steve con su propio cuerpo.

Cerró los ojos y trató de imaginar algo. Debió de conseguirlo, porque sus mejillas se sonrosaron y sus labios se entreabrieron.

No supo si permaneció así segundos o minutos. Abrió los ojos y volvió a la realidad. Abandonó aquel lugar suponiendo que Steve habría sido conducido a otra parte. Subió a su vehículo y se alejó, abandonando el valle de los cautivos.

Regresó a su hábitat y nada más llegar, se encendió la gran pantalla con la advertencia de que le aguardaba un mensaje al que debía prestar atención.

Abrió la recepción y en pantalla apareció la doctora jefe de la clínica de chequeo y análisis.

—Jaria.

—Estoy atenta —respondió con la frase adecuada.

—Debes personarte inmediatamente en la clínica de chequeos y análisis.

—¿Rehabilitación psíquica? —preguntó, temblándole los labios, pues temía que su cerebro fuera reacondicionado. Aunque ahora sufría, quería seguir abriendo sus ideas hacia la libertad.

—No, preséntate cuanto antes.

—Tengo órdenes de vacacionar.

—La orden de vacacionar queda anulada.

—¿Porqué?

—Es una orden.

—La orden de vacacionar la ha dado Ia suprema sacerdotisa —advirtió Jaria, que se resistía a ser internada en la clínica.

—La contraorden la ha dado la suprema sacerdotisa —puntualizó tajante la doctora. A través de la pantalla le mostró la tarjeta de órdenes con el distintivo de haber sido expedida por Alantaria, con el añadido de otro símbolo que Jaria conocía bien, pero la doctora se encargó de concretarlo:

—Es una orden del consejo de varones. Puedes gozar tu alegría, has sido seleccionada para la fecundación.

Jaria se quedó más fría que si acabaran de sumergirla en un glaciar, pero aún tuvo fuerzas para estirar su mano y apagar la pantalla; no quería saber nada más.

CAPITULO VIII

Perímedes, «Lupus» y Steve, montado en su caballo negro, anduvieron junto a la cerca electromagnética que separaba los cercados de unos cautivos de otros.

«Lupus» mostró sus colmillos antes de que Steve pudiera oír los rugidos que procedían desde el otro lado de unos árboles que se hallaban frente a ellos.

—Tranquilo, «Lupus», tranquilo.

—No he podido comunicarme con él como he hecho contigo —le dijo el extraño Perímedes, que avanzaba junto a ellos con la seguridad que le daban sus cuatro patas.

Se detuvieron frente a unos arbustos, pues suponían que la barrera electromagnética pasaba por allí.

«Lupus» se tornó más agresivo al ver aparecer entre los árboles una figura humanoide de unos tres metros de altura. Poseía un cuerpo duro y velludo cubierto con una especie de chaleco y pantalón confeccionado con placas metálicas.

Su aspecto era feroz y sus dedos grandes y robustos estaban provistos de unas uñas largas, duras, punzantes y a la vez retráctiles que se escondían a voluntad, como hacían los felinos en el planeta Tierra.

Aquel ser poseía unos ojos totalmente redondos en un rostro que transpiraba ferocidad. Su boca alargada estaba bien armada de dientes, casi era un rinocéfalo. En proporción, su cerebro debía ser pequeño, pese a que se notaba que había conseguido cierto grado de

civilización.

—¿Sabes de qué planeta proviene?- —le preguntó Steve a Perímedes.

—No, no he logrado comunicarme con él, ya te lo he dicho. No posee el don de la telepatía y sus gruñidos son ininteligibles, aunque por la gama de ellos que emite, su vocabulario debe de ser muy pobre.

Como si aquel ser hubiera captado que se estaba hablando de él y que no quedaba muy bien parado, rugió más fuerte abriendo sus mandíbulas y mostrando su dentadura y también sus garras, que aparecieron por debajo de las puntas de sus dedos.

Pese a que aquel ser resultaba gigantesco frente a «Lupus», el perro lobo se mostró amenazante y hubiera bastado que Steve se lo pidiera para que el can saltara sobre él, pese a que habría ido a una muerte segura entre las garras de aquel humanoide procedente de algún ignoto planeta al que también se habían acercado las secuestradoras de la galaxia.

—Nos cree sus enemigos —observó Steve.

—Sí. Si pudiera traspasar la barrera, nos atacaría, parece [redacted] muy agresivo.

Aquel ser avanzó hacia ellos, pese a que ni Perímedes ni Steve mostraron una actitud belicosa. El caballo mostró inquietud e intentó retroceder, sólo «Lupus» mantenía su gesto de claro desafío.

Aquel humanoide rinocéfalo se adelantó hacia ellos, pero se produjo el doloroso chispazo que lo echó hacia atrás sin que pudiera rebasar la muralla electromagnética de alta intensidad.

El agresivo ser, todavía tambaleante a consecuencia de la sacudida recibida, lanzó un terrible alarido que se expandió a lo largo del valle, como si esperase que otros seres como él, sus hermanos de especie, fueran en su ayuda para rescatarle de su encierro.

En vez de ser contestado por otros especímenes semejantes a él, se escuchó un aullido largo y profundo.

—Es otro —observó Steve a Perímedes.

—Sí, lo he oído y no queda lejos de mi encierro.

—¿Vamos a ver si podemos comunicarnos con él?

—Parece que está en aquella dirección —señaló hacia su izquierda.

Se pusieron en marcha alejándose del agresivo humanoide rinocéfalo, que se tranquilizó al verles marchar.

Se hallaban en el recinto de Perímedes y lo cruzaron hasta llegar al lado opuesto.

Allí, a distancia, descubrieron a un reptil que parecía una gruesa serpiente, pero poseía unas pequeñas manos que debían haberle permitido evolucionar. Su cabeza era mucho más grande de lo que hubiera sido normal en un ofidio terrestre en comparación con el grosor de su cuerpo y también su largo.

En cuanto al cuerpo, se asemejaba a una anaconda, aunque su color era homogéneo, de color ocre claro. Aquel ser era el que había lanzado su aullido o chillido, quizá más de esto último a juzgar por la agudeza del sonido emitido.

—¿Crees que ese ser también es inteligente? —preguntó Perímedes.

Steve miró a los ojos de aquella especie de bestia sideral y sí le parecieron inteligentes. De repente, comenzó a ver imágenes en su cerebro, eran imágenes geométricas y coloreadas.

—Atención, Perímedes, nos está enviando un mensaje telepático.

—Lo recibo —asintió Perímedes.

Permanecieron atentos y en silencio frente a aquel ser que se había encarado con ellos, pero que seguía a distancia.

Aquellas imágenes geométricas, polígonos, triángulos, rectángulos, todos ellos coloreados, no fueron descifrables para el terrícola y menos cuando en una misma imagen aparecían multitud de estos signos.

—No hay forma, Perímedes, no logro entender lo que trata de decir.

—Yo tampoco. ¿Tendrán las súbditas del imperio de Leax las claves para comunicarnos con ellos?

—Supongo que sí. Antes de secuestrar a cada espécimen lo han mantenido en observación. Gracias a su avanzada tecnología

aprendieron nuestros respectivos idiomas e igual habrán hecho con los demás. No es un problema difícil cuando se poseen computadoras de desciframiento de claves y lenguajes que actúan simultáneamente.

«Lupus» andaba desconcertado después de haber visto ya a tantos seres extraños que sus ancestros no le habían dejado grabados en la memoria de sus genes para que él supiese identificarlos como peligrosos.

—Será mejor que regresemos, no sea que hayan venido nuestras cancerberas y noten mi ausencia —dijo Steve.

Se dirigieron al lugar donde abundaban los arbustos y en el que, disimuladamente, Perímedes había cavado el túnel que cruzaba la barrera electromagnética.

Steve hizo retroceder al caballo y luego inició la carrera hasta conseguir que el corcel saltase limpiamente la barrera de arbustos pese a que era alta. «Lupus», al verle ya al otro lado, se apresuró a pasar a través del túnel.

— ¡Adiós, Perímedes, volveremos a vernos! —le dijo alejándose hacia su barracón y llevando ya a «Lupus» cerca de él, más tranquilizado al hallarse lejos de tantos seres desconocidos en el planeta Tierra.

Al dejar el caballo, Steve descubrió que en una pared del barracón acababa de aparecer una pantalla de TTV que, como si hubiera estado esperando su llegada, se iluminó.

«Lupus» no se extrañó, ya que aquellas pantallas de TTV eran en cierto modo similares a las utilizadas en la civilización terrícola.

Steve se acercó a la pantalla, enfrentándose a ella, cuando vio aparecer a Alantaria, la suprema sacerdotisa del imperio de Leax.

—Terrícola, escúchame.

No era una petición sino una orden; aquella mujer sólo daba órdenes y ahora, frente a él, semejaba estar en carne y hueso.

Parecía que con estirar su mano bastaría para tocarla con sus dedos debido a la perfección de la imagen tridimensional a color, pero Steve, acostumbrado a la TTV, no se dejó engañar. Sabía que delante de sus ojos sólo había una pantalla, era como un televideófono gigante que les permitía hablar a grandes distancias, mirándose a los

ojos.

—Volvemos a vernos, Alantaria.

—Reaparezco ante ti porque quiero comunicarte que el consejo de varones ha aceptado tu petición.

—¿Regresará a su planeta el que venza en esa competición a la que pensáis someternos a los cautivos?

—Sí, pero no te hagas ilusiones, terrícola, aunque tú seas el más parecido a nosotros, aunque hayamos comprobado que servirías de mucho aquí en el imperio de Leax, pues tienes grandes posibilidades como varón procreador y tu vigor ha sido comprobado con resultados plenamente satisfactorios.

—Me drogaste y eso es una canallada.

—¿De qué te quejas? Todas vimos lo magníficamente que gozabas.

—¿Todas?

—Las elegidas 'del templo Prima y, por supuesto, las que te fueron entregadas.

—¿Quiénes fueron?

—¿No recuerdas nada? —preguntó la mujer con una sonrisa de burla.

—Sólo recuerdo situaciones confusas. ¿Qué ' pusiste en aquel maldito brebaje que me hiciste tomar?

—De nada serviría darte nombres de plantas que no conoces; el caso es que dieron el resultado que se esperaba de ellas.

—¿Gocé también contigo?

Ella se rió y no quiso responder, prefirió mostrarse enigmática. Luego, como no queriendo darle ocasión para seguir preguntando por el mismo tema, dijo:

—La competición comenzará mañana.

—¿Tan pronto?

—Sí, ya hemos terminado la observación de todos los especímenes

foráneos al imperio de Leax. Ahora, el consejo de varones quiere divertirse viendo vuestras posibilidades físicas de supervivencia.

—¿Por qué no fundáis el zoo sideral de especímenes inteligentes? —preguntó Steve con sarcasmo.

—No sería mala idea, pero a la larga resultaría aburrido. Por cierto, hemos observado esa especie de amistad que habéis iniciado tú y Perímedes.

—¿Nos habéis estado observando?

—Sí. La vigilancia es más perfecta de lo que tú supones.

—Perímedes es inteligente.

—Y más astuto de lo que imaginas. Ten cuidado con él porque puede darte una sorpresa trágica para ti, es un hábil luchador. Sus patas de arácnido gigante se transforman en lanzas o garfios que perforan a sus enemigos mientras los sujeta con las manos. Su aparente pasividad es lo que desconcierta a sus adversarios. Sus ojos inexpresivos tranquilizan, pero luego viene la sorpresa. Nosotras los hemos observado y sabemos bien como atacan.

—Lo dices como si desearas que yo le venciera, como si fuera tu contrincante favorito.

—Terrícola, admito que me gustaría que tú ganases, pero eso es sólo una utopía, los hay más fuertes y rápidos que tú.

—Lo tendré en cuenta, no me fiaré de nadie.

—Podrás llevar un caballo, es un privilegio que se te concede a causa de que eres poco veloz físicamente comparado con los demás.

—¿Un caballo?

—Sí, escogerás el que prefieras, pero no podrás utilizar ningún artilugio con que atacar a tus rivales.

—Todavía no sé en qué consistirá la competición.

—Seréis trasladados a un llamado punto cero y se os dará un plano y un objetivo. El primero que llegue será el vencedor, y durante esta carrera, todo vale, es decir, vale matar al rival para conseguir ganar. De todos modos, sólo se salvará el vencedor porque los demás serán exterminados e introducidos en frascos de conservación que irán a

parar al museo de especímenes foráneos a nuestro imperio.

—De modo que sólo uno se salvará...

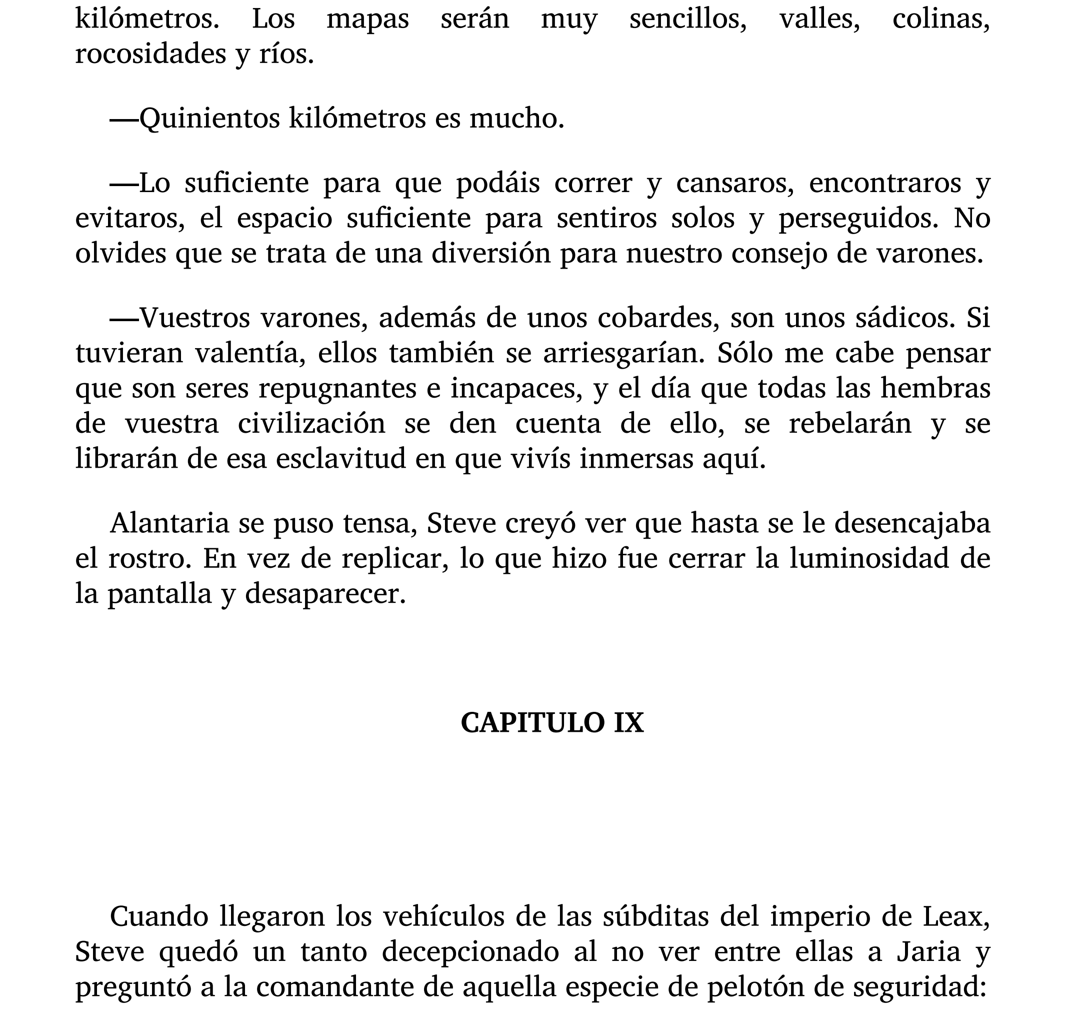
—Exacto.

—¿Nos obligáis a matarnos pese a que ninguna animosidad existe entre nosotros?

—Sí, no os queda otro remedio que mataros porque si el enemigo vive, tú mueres y los demás pensarán igual porque se les va a comunicar lo mismo que te estoy diciendo a ti ahora.

—¿Y cómo será de larga la carrera?

—El equivalente a lo que en tu civilización llamáis quinientos kilómetros. Los mapas serán muy sencillos, valles, colinas, rocosidades y ríos.



—Quinientos kilómetros es mucho.

—Lo suficiente para que podáis correr y cansaros, encontraros y evitaros, el espacio suficiente para sentiros solos y perseguidos. No olvides que se trata de una diversión para nuestro consejo de varones.

—Vuestros varones, además de unos cobardes, son unos sádicos. Si tuvieran valentía, ellos también se arriesgarían. Sólo me cabe pensar que son seres repugnantes e incapaces, y el día que todas las hembras de vuestra civilización se den cuenta de ello, se rebelarán y se librarán de esa esclavitud en que vivís inmersas aquí.

Alantaria se puso tensa, Steve creyó ver que hasta se le desencajaba el rostro. En vez de replicar, lo que hizo fue cerrar la luminosidad de la pantalla y desaparecer.

CAPITULO IX

Cuando llegaron los vehículos de las súbditas del imperio de Leax, Steve quedó un tanto decepcionado al no ver entre ellas a Jaria y preguntó a la comandante de aquella especie de pelotón de seguridad:

—¿Dónde está Jaria?

La comandante le miró a los ojos y respondió con frialdad:

—En el templo Prima, es una de las elegidas para la procreación. Ha pasado la revisión y está apta.

—¿La procreación?

—Sí. No se sabe cuándo saldrá, ya que una vez han sido fecundadas hay que dejar pasar un tiempo.

—¿Y cuándo son tomadas?

—No se sabe cuándo la elegida va a recibir el privilegio de la fecundación, lo mismo puede pasar un día que cien. Ahora, vamos.

Steve buscó en su imaginación el templo Prima. Ahora sabía que Jaria estaba en él, habría acudido gozosa por la elección. Sintió celos, sorprendiéndose a sí mismo. Después de todo, ella era la culpable de que estuviera cautivo en aquel extraño planeta.

—Un caballo solo —le advirtió la comandante del pelotón.

Steve escogió al alazán, era un animal más resistente teniendo en cuenta que la distancia a recorrer eran quinientos kilómetros y, al mismo tiempo, era menos visible que el azabache o el bayo.

Iban tres vehículos de escolta y uno de carga en el que hizo subir al equino. Cuando ya lo cerraban, «Lupus» se filtró entre las patas del caballo. Era alta madrugada y el grupo se puso en marcha.

Steve no sabía exactamente adonde lo conducían, sólo sabía que iba a participar en una extraña carrera-competición con otros seres y que sólo uno entré todos quedaría vivo. A partir de aquel momento, la muerte estaría agazapada tras cualquier roca o árbol, esperando para saltar sobre él.

Era difícil saber qué distancias estaban recorriendo, pues ignoraba a qué velocidad viajaban. Al fin, se detuvieron. Habían llegado a un pequeño grupo de árboles, era un bosquecillo sin nada destacable. La comandante en jefe se dirigió a Steve y le dijo:

—Este es el mapa del territorio, tú estás en este punto.

Le señaló el lugar sobre una placa de plástico o algo similar donde había dibujado un mapa a color de líneas muy simples.

—¿Esto que hay aquí arriba es el punto de destino? —interrogó Steve.

—Sí, ése es el punto de destino y sólo vivirá el primero que llegue.

—¿Y desde dónde nos controlaréis para que los varones puedan divertirse viendo cómo corremos o nos matamos?

La comandante en jefe del pelotón no respondió, sólo puntualizó:

—La carrera comienza en la madrugada.

Montaron en sus vehículos y les dejaron solos. «Lupus» se quedó mirando al hombre.

—Nos obligan a luchar, «Lupus», ya veremos si salimos con bien. A partir de este momento, no te fíes de nadie y si vemos algún ser extraño, lo que hay que hacer es dejarlo atrás. Hay quinientos kilómetros por delante y no tenemos comida ni una cantimplora para guardar agua.

A la luz de las dos lunas, Steve estudió el mapa y mentalmente se trazó un recorrido. No era el más recto para alcanzar su objetivo, pero pasaba por parte del rio y allí no les faltaría agua, especialmente para el caballo.

Sintió en sus carnes la soledad de lo desconocido, la amargura de saber que Jaria estaba en el templo Prima y no para orar sino para dar un hijo al imperio de Leax.

En aquellos instantes, bajo un cielo salpicado de miríadas de estrellas, con dos soberbias lunas, una de ella rojiza, sintió la necesidad de orar, de comunicarse, y no por cobardía. «Lupus» y el caballo eran sus únicos amigos en aquel momento.

Steve no deseaba atacar a ningún otro ser por extraño y agresivo que fuera, pero tampoco iba a dejar que le matasen a él. Por instinto vital, lucharía por la supervivencia y mentalizado así, aguardó hasta la madrugada y cuando llegó el alba, cuando el horizonte se hizo gris, montó el caballo y comenzó a avanzar hasta que vio grandes espacios abiertos.

—Hay que avanzar rápido ahora que podemos y dejarlos atrás, así evitaremos peleas —le dijo al caballo, como para disculparse porque iba a pedirle un notable esfuerzo al final del cual no sabía siquiera si podría ofrecerle agua.

Inició una galopada recular sin exigirle demasiado a la montura. «Lupus» corrió junto a ellos y así avanzaron por el gran espacio abierto. De pronto, escuchó un rugido lejano.

Volvió la cabeza y, a distancia, vio al rinocéfalo. Imaginó que todos los participantes (no sabía cuántos eran) habían comenzado la carrera de la muerte.

Quería alejarse cuanto más pudiera de aquellos seres que tratarían de salvar sus respectivas vidas lo mismo que él, cuando escuchó el chillido lacerante de aquel reptil inteligente que había llegado a observar a través de la barrera electromagnética.

Le buscó con la mirada, aflojando la cabalgada, y le descubrió peleando a muerte con otro extraño ser jumo a un árbol solitario donde, al parecer, se habían encontrado. La diversión para los varones debía haber comenzado, ya estaba corriendo la sangre.

—Vamos, «Lupus», vamos, no te detengas.

Cuando dejó de ver a sus rivales, aflojó el galope y puso el caballo al paso. Se apeó y cogiéndolo por las bridas, caminó delante de él para ahorrarle esfuerzo, pero no le permitió detenerse.

El animal estaba sudado y este sudor, al avanzar al paso' y sin la carga del jinete sobre la silla, se fue secando. Por la tarde, consiguieron llegar a una pequeña laguna, donde abrevaron. «Lupus» interrogó con la mirada al hombre y éste le ordenó:

—Busca, busca.

«Lupus» entendió la orden y se alejó mientras Steve permanecía sentado junto ‘a la laguna, vigilante por si aparecía alguno de aquellos extraños seres que creía haber dejado atrás.

«Lupus» regresó trayendo entre sus fauces a un extraño animal que se parecía a un pavo silvestre, sólo que sus alas eran más cortas y las patas más largas, por lo que cabía deducir que no volaba, pero que sí debía de correr mucho.

—Muy bien, «Lupus», lo malo es que aquí no podemos hacer fuego y tampoco tenemos medio.

Cogió el ave y comenzó a desplumarla. «Lupus» lo observaba esperando tranquilo, sabiendo que recibiría su parte. El terrícola abrió con sus dedos la pieza capturada por el perro lobo y la destripó

utilizando incluso las uñas y los dientes. Entregó las vísceras a «Lupus», que las devoró con rapidez.

No era la primera vez que Steve comía carne cruda y mordió con fuerza y engulló, no sin esfuerzo, la carne de aquel ave, sin preguntarse si tenía buen sabor o no.

Carecía hasta de sal, pero tenía que alimentarse; quinientos kilómetros eran muchos y sabía que al final necesitaría de todas sus fuerzas.

No podía decirse que hubiera gozado con aquella comida, pero ya estaba alimentado.

El caballo, después de beber, también- buscó hierbas por su cuenta, seleccionando unas de otras. Reposaban así los tres cuando «Lupus» comenzó a gruñir.

—¿Qué ocurre, «Lupus»? —preguntó en tono bajo, intuyendo que les acechaba un peligro.

Los gruñidos de «Lupus» se hacían más fuertes y amenazadores. Steve buscó piedras y escogió dos cuando, de repente, de detrás de unas rocas, como si hubiera estado esperando su ocasión, apareció ante ellos el feroz humanoide rinocéfalo y su actitud era claramente agresiva.

El alazán relinchó y «Lupus» se lanzó hacia él despreciando la posibilidad de muerte.

—Quieto, «Lupus».

El rinocéfalo desnudó sus terribles uñas para clavarlas en el cuerpo del perro, que dé un salto prodigioso había conseguido llegar hasta su cuello, cerrando las fauces.

Steve, arriesgándose a darle a su fiel perro lobo, lanzó la pedrada, acertando entre las cejas de aquella bestia inteligente pero terriblemente agresiva, que se tambaleó. Probó luego con otra piedra y le dio en una sien, aturdiéndole.

«Lupus» le abrió el cuello mientras aquella especie de monstruo caía. Steve corrió a ayudar a «Lupus» antes de que quedase totalmente desgarrado y sacó las afiladas uñas del cuerpo del perro, en el que se habían ensartado en parte.

Liberó a «Lupus» de aquel abrazo mortal, peor que el de un grizzly terrícola. El can estaba herido, sangraba, pero aquel humanoide agresivo se desangraba con todo el cuello abierto.

—Ya está, «Lupus», ya está —le decía Steve al animal, que pese a las heridas seguía dispuesto a luchar.

Le lavó las heridas en el agua y después montaron en el alazán, alejándose, cuando reptaba hacia ellos aquella otra bestia con inteligencia evolutiva que poseía unos ojos malignos y unas pequeñas manos.

«Lupus» se mantuvo en la grupa del caballo, que trotaba alejándose; hacer correr a «Lupus» habría sido condenarle a desangrarse.

Al caer la noche de aquel duro día de pelea, habían conseguido llegar al río, que no resultó muy caudaloso. En su ribera no había mucha vegetación, pero encontraron la suficiente para descansar.

Steve taponó con barro las heridas del perro; no podía hacer más por él, ya que carecía de vendas o algo para curarlo. «Lupus» se dejó tratar y se tendió cerca de su amo, el cual se dispuso a dormir. Tenía que descansar, le aguardaba otra jornada dura y otras más.

Durante la noche, se despertó en varias ocasiones al oír gruñidos y lejanos gritos espeluznantes. Se preguntó si pertenecían a animales propios de aquel lugar o eran los demás seres extraños que tomaban parte en aquella carrera de la muerte, seres que quizá expresaban su miedo de aquella forma.

Cuando llegó el alba, descubrió a «Lupus» muy quieto, pero al tocarle la cabeza alzó sus orejas puntiagudas, lo que le hizo pensar que se encontraba mejor.

Steve miró en derredor. Allí había un cañizal, eran cañas parecidas al bambú pero más delgadas. Forcejeó con ellas y consiguió romper varias. Después, afiló sus puntas frotándolas contra unas piedras; hubiera deseado tener cuerda para fabricarse un arco.

Con una de aquellas cañas convertida en fino arpón, pateó el agua del río con cuidado hasta que vio nadar tranquilamente a un pez que ignoraba lo que le esperaba, porque no tardó en quedar atravesado por la fina lanza de caña y su coleteo fue expresión de su agonía.

Steve abrió el pez y antes de procurarse comida para él, le dio de

comer al perro que tan bravamente se había portado. «Lupus» miró a su amo con agradecimiento y comió, luego lo hizo Steve. Comenzaban el día alimentándose, eso era bueno y así reanudaron la marcha.

Llevaban unas dos horas de avance cuando «Lupus» saltó desde lo alto de la grupa y corrió hasta detenerse junto a unas rocas.

Steve se acercó con el caballo y descubrió a un ser totalmente desconocido para él. Llevaba algo que podía considerarse ropa, por lo que dedujo que era uno de los participantes en la competición.

Estaba muerto, destrozado, abierto en canal, y le faltaban pedazos de cuerpo, por lo que supuso que el atacante de aquel ser lo había devorado en parte para alimentarse; era la ley de la supervivencia.

Dejando atrás aquellos despojos, prosiguieron viaje.

Durante todo el día no tuvieron complicaciones; en el descanso del mediodía, Steve consiguió lancear a otro pez más grande aún que el de la mañana, quizá porque aquellos peces no estaban acostumbrados a que se les capturase con tanta facilidad.

Les cubrió el manto oscuro de otra noche. «Lupus» se encontraba mejor.

Steve hubiera deseado tener una brújula o algo que le impidiera perderse, estaba seguro de que más de uno de los participantes iba a equivocar la ruta. Era difícil la orientación, había que buscar los signos que estaban en el mapa para no perderse, lo que podía resultar una trampa mortal, ya que los demás harían lo mismo que él.

La noche resultó tranquila y al día siguiente reanudaron la marcha sin encontrarse con nadie. Sin embargo, Steve estaba seguro de que los demás también avanzaban.

De cuando en cuando, «Lupus» encontraba huellas extrañas que olfateaba.

Todo iba bien hasta que del propio río surgió un ser de más de tres metros de largo con una cabeza muy grande y parda que por su anchura recordaba la de un batracio, y algo debía de tener de estos seres porque al abrir la boca, de ella brotó una larguísima lengua que era como un látigo con el que enroscó a «Lupus», que se vio alzado en el aire.

Steve taloneó al alazán llevando en su mano una de las primitivas

lanzas de caña y antes de que «Lupus» fuera introducido en la boca de la bestia, le clavó la caña, atravesándole el paladar.

La bestia retrocedió en el agua sin soltar a «Lupus», que no conseguía más que dar dentelladas en el aire. Steve le rodeó con su caballo y logró clavar varias pulgadas de otra de las afiladas cañas en la garganta del monstruo, que soltó su lengua.

«Lupus» cayó al agua; el monstruo trató de huir torpemente hasta que cayó al agua, dando muchas sacudidas espasmódicas.

—Lo siento, no es mi gusto matar, pero vosotros sois los primeros en atacar —le dijo, mientras le veía flotar en el agua, emergiendo de la misma las cañas que le habían causado la muerte.

Rodeó las montañas de roca que figuraban en el mapa, ignoraba si delante de él iban otros. Bastaría que alguien llegase primero para que su destino quedara decidido, es decir, la muerte era el final.

Siguiendo el mapa, al atardecer del quinto día de marcha, muy a lo lejos, divisó la figura inconfundible del templo Prima, ahora sabía cuál era su destino.

El templo Prima era la meta, aunque en el mapa que le habían entregado sólo era un punto encima de una colina. Al otro lado estaba la metrópoli.

—No podemos esperar hasta mañana —-dijo, y siguió su avance.

Aún había luz diurna cuando escuchó él espeluznante chillido de la bestia reptil. Estaba delante de ellos y no quiso que le ganaran la carrera. Ahora sí estaban hambrientos lo mismo «Lupus» que Steve y el caballo se hallaba sediento.

—¡Auxilio!

La llamada llegó clara a su mente y no tardó en comprender por qué.

El extraño reptil estaba enroscado en Perímedes, que no sabía cómo desprenderse de él.

Steve podía pasar de largo y dejar que ellos dilucidaran su pelea, era la forma de salir vencedor, mas la angustia de Perímedes y su situación desesperada despertó su sentido de la amistad y desmontó del caballo mientras ordenaba a «Lupus»:

—¡Quieto, quieto!

Se aproximó con la pequeña lanza de caña que le quedaba. El reptil se mantuvo atento sin soltar a su presa a la que trataba de matar constriñéndola, pero Steve consiguió atravesarle la garganta. El maligno ser chilló desesperadamente y dobló la cabeza dando fuertes sacudidas con su cuerpo cilíndrico.

Perímedes pudo sacudirse el cuerpo agonizante de aquel ser que había intentado matarlo.

—Gracias —dijo a su salvador.

—Bueno, ahora que cada cual corra lo que pueda —le dijo Steve dándole la espalda para dirigirse a su caballo.

De repente, traidoramente, Perímedes se lanzó sobre él sujetándole con sus dedos tentaculares al tiempo que trataba de clavarle sus puntiagudas patas.

—¡Traidor! —le gritó Steve.

Perímedes, que trataba de asesinar a quien acababa de salvarle, luchó con fiereza y la sorpresa estaba de su lado. Steve retorció su cuerpo para esquivar aquella especie de lanzazos que le propinaban las puntiagudas patas que le hirieron la piel.

«Lupus», que se había acostumbrado a la presencia del extraño ser, vaciló un poco, pero terminó por lanzarse al cuello de aquella cabeza calva tipo burbuja o de pulpo y con terrible ferocidad comenzó a darle dentelladas.

Perímedes, herido de muerte por «Lupus», soltó a Steve, que se tambaleó herido también. «Lupus» quiso rematar a su enemigo, pero éste consiguió hundir plenamente una de sus patas en el cuerpo del perro lobo.

Cuando Steve se recuperó un tanto, vio a «Lupus» ya inmóvil, muerto junto a Perímedes, cuya cabeza estaba casi separada del resto del cuerpo.

—«Lupus», «Lupus», no te olvidaré jamás —musitó acercándose al animal para dedicarle una última caricia.

De repente, el cuerpo de Perímedes lanzó una de sus patas convertida en lanza tratando de alcanzar a Steve en su agonía, mas no

lo consiguió. Había sido la última oportunidad de culminar su traición contra quien le había considerado un amigo y como tal se había comportado.

Se hizo de noche. Steve montó en el caballo y notando que la sangre resbalaba por su piel herida, prosiguió la marcha hacia el templo Prima.

CAPITULO X

No encontró a nadie cortándole el paso en la entrada del templo Prima y se adentró en la singular edificación montado en su alazán.

Avanzó por el interior de la inmensa nave semiesférica y se situó en su centro. Esperó y lo que deseaba se produjo; la plataforma circular le elevó por los aires hasta la cuarta semiesfera.

Se vio frente a las lámparas de oro, a la luz rojiza, envuelto por los excitantes perfumes.

Sin apearse del caballo, avanzó hasta llegar frente al trono y al altar de la suprema sacerdotisa, mas ella no estaba allí. Sí descubrió a una hembra vestida con la túnica transparente de las vírgenes seleccionadas para la procreación.

— ¡Jaria!

—¡Steve!

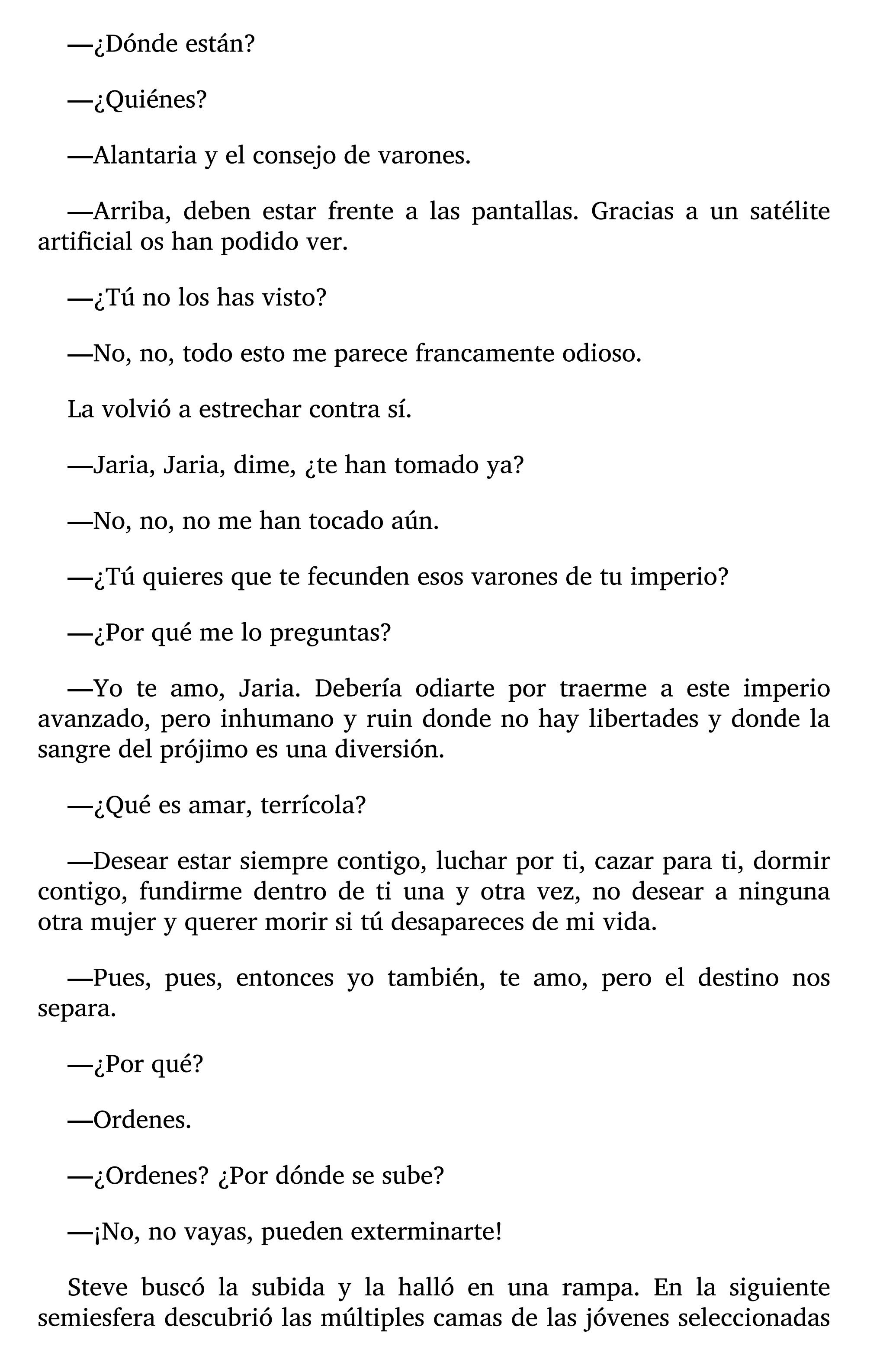
Se bajó del equino. Jaria dudó ante él, Steve le tendió los brazos y ambos estrecharon sus cuerpos.

—Has vencido, terrícola, has vencido —musitó ella con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, he vencido, pero han muerto unos seres que no tenían por qué verse metidos en este circo de sangre.

—Has salvado tu vida.

—Sí, pero «Lupus» ha muerto.


—Lo siento.

—¿Dónde están?

—¿Quiénes?

—Alantaria y el consejo de varones.

—Arriba, deben estar frente a las pantallas. Gracias a un satélite artificial os han podido ver.

—¿Tú no los has visto?

—No, no, todo esto me parece francamente odioso.

La volvió a estrechar contra sí.

—Jaria, Jaria, dime, ¿te han tomado ya?

—No, no, no me han tocado aún.

—¿Tú quieres que te fecunden esos varones de tu imperio?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Yo te amo, Jaria. Debería odiarte por traerme a este imperio avanzado, pero inhumano y ruin donde no hay libertades y donde la sangre del prójimo es una diversión.

—¿Qué es amar, terrícola?

—Desear estar siempre contigo, luchar por ti, cazar para ti, dormir contigo, fundirme dentro de ti una y otra vez, no desear a ninguna otra mujer y querer morir si tú desapareces de mi vida.

—Pues, pues, entonces yo también, te amo, pero el destino nos separa.

—¿Por qué?

—Ordenes.

—¿Ordenes? ¿Por dónde se sube?

—¡No, no vayas, pueden exterminarte!

Steve buscó la subida y la halló en una rampa. En la siguiente semiesfera descubrió las múltiples camas de las jóvenes seleccionadas

para la procreación que allí estaban y que al verle se alborozaron.

—Quiero ver a los varones.

—No se puede—le objetó Jaria.

Se encontró frente a una puerta de oro con la que forcejeó. Golpeó y al fin se abrió, apareciendo Alantaria que se sorprendió al verle. Steve no le dio tiempo a nada y la empujó hacia atrás. Le puso la mano en la cintura y le arrebató aquel pequeño artilugio paralizante o exterminador.

—Ahora no me vas a drogar, arpía, y si gritas te mato.

Alantaria trató de imponerse inútilmente. Steve la empujó medio descomponiéndola, la obligó a subir y Jaria les siguió.

—¡Esto te costará la vida, terrícola! —amenazó Alantaria.

—He sido el vencedor de la prueba, tengo el cuerpo herido y sucio de sangre y he ganado mi derecho a regresar a la Tierra, es lo que ofrecisteis al ganador, volver a su planeta, ¿no?

—Pero tú estás profanando el templo.

—¿El templo? ¡Maldición, exijo ver a los varones!

—¡No! —gritó Alantaria colocándose frente a la última puerta.

Steve abrió Ia puerta apartándola de un manotazo y se encontraron en la última semiesfera, justo debajo del minarete que apuntaba al cielo como un monumento fálico. '

La sala era espaciosa y allí había varias pantallas de TTV funcionando con distintas imágenes. Frente a ellas había hombres grandes, asquerosamente gordos y blancos de piel. Sus miradas eran estúpidas y reían babeantes con aspecto idiotizado.

—De modo que esto es vuestro consejo de varones, ¿eh? Las mujeres os dejáis someter por este grupo de cretinos con sexo macho.

Alantaria, descompuesta, gritó:

—¡Son nuestros varones!

Jaria no daba crédito a lo que veía.

—¿Cómo consigues que las chicas sean fecundadas por estos idiotas que tienen el cerebro rebajado?

—Es necesario que sean fecundadas o nuestro imperio se extinguiría.

—Las drogas, ¿verdad? Las drogas como me drogaste a mí para que no se enteren de que les caen esos cretinos encima.

—Es lo mejor. Los varones, desde hace siglos, siempre nacen así y la mayoría mueren, sólo las hembras nacemos perfectas.

—Ya has visto cuál es el secreto del consejo de varones, Jaria —silabeó Steve con desprecio—. Por cierto, ¿quién selecciona a las mujeres, tú o ellos?

Alantaria, sin mirar a aquellos hombres que pese a su tamaño y a su sexo eran mentalmente infantiles, dijo:

—Ellos, ellos escogen a las chicas a través de las pantallas.

—¿Qué harás, terrícola? —preguntó Jaria, angustiada.

—No voy a destruir vuestro sistema. Regresaré a mi planeta y Jaria vendrá conmigo.

— ¡No! —se opuso Alantaria.

—Si ella no viene conmigo, los destruyo a todos —amenazó Steve con fría resolución.

—Si los matas, te matarán a ti.

—Ya no me importa morir. Me habéis obligado a luchar para sobrevivir e imagino que ha sido una idea tuya divertir a tus idiotas porque tú eres la cerebro del imperio. Para quitarte responsabilidades debías decir que tal o cual orden procedía del consejo de varones, ¿no es eso?

—Alguien tenía que hacerlo.

—¿Y qué buscabas en otros planetas, hombres?

—Sí.

—Pues ya los has encontrado en el planeta Tierra.

—Sí, pero…

—Somos demasiado inteligentes y temías perder tu poder sobre todo el imperio de Leax, ¿verdad?

— ¡Te odio, terrícola, te odio! —gritó Alantaria desencajada mientras aquellos cretinos, perdido ya su interés por Steve, volvían a encararse con la televisión.

—Lo que podrías hacer es venir conmigo al planeta Tierra y pedir a un centenar de hombres que quieran venir voluntariamente. Ellos os ayudarían a regenerar la especie.

—No, no, sois demasiado primitivos.

—Primitivos respecto a vuestra tecnología, pero demasiado inteligentes para poder dominarnos como a esos imbéciles, ¿verdad?

Alantaria trató de correr hacia la salida, pero Jaria le cortó el paso. Steve la atrapó y gruñó:

—Eres una tirana y lo que más te preocupa es tu ambición de poder, te ciega la pasión por el mando.

La abofeteó con dureza hasta dejarla atontada; luego le quitó la túnica, desnudándola por completo.

—¿Qué vas a hacer, Steve? —preguntó Jaria, muy asustada.

Arrastró a Alantaria hasta una amplísima cama donde aquellos idiotas debían de dormir en promiscuidad y la lanzó sobre ella gritando:

—¡A por ella, idiotas, a por ella!

Aquellos hombres comenzaron a reír estúpidamente y se lanzaron sobre la suma sacerdotisa que, aturdida por los golpes, no pudo contenerlos.

Steve fue cerrando las pantallas de TTV para que aquellos seres no tuvieran otra diversión que la suprema sacerdotisa. Después, arrancó unos paneles de control para que desde allí no pudieran avisar a parte alguna y le dijo a Jaria:

—¿Vamos?

—Pero ¿y ellos?

Steve cerró la puerta por fuera, de modo que no iba a ser fácil que salieran y desde allí dentro tampoco podían pedir socorro. Descendieron a la sala de las vírgenes y Steve les gritó:

—¡Voy a quedarme aquí por unos días, estoy hambriento y herido! ¡Yo soy vuestro único varón ahora!

Jaria le miró desconcertada, mas no se atrevió a replicarle.

Una vez sus heridas estuvieron restañadas y se hubo alimentado adecuadamente, le dijo:

—Jaria, tú y yo iremos al planeta Tierra, al valle que yo cuido, pero creo que no debo devolver ojo por ojo y diente por diente.

—No te entiendo, terrícola.

—Vuestra civilización morirá si vuestra sangre no es renovada y pese a que Alantaria había descubierto que conmigo podía renovar esa sangre, prefirió que muriera en esa absurda carrera por temor a perder todo su poder. Si Orbia y Zacia procrean, será la salvación de vuestra especie. La verdad, aunque no participé conscientemente en lo que sucedió, sí deseo que os nazcan varones sanos.

—¿Y qué me ocurrirá a mí?

—Tú eres un caso aparte, Jaria, y a ti te reservo para mi valle.

Tres sananas más tarde, una nave del imperio Leax partía del astropuerto en dirección a la Tierra, un viaje rapidísimo a través del espacio sideral.

Atrás ya nadie hablaba de Alantaria; se había formado un nuevo gobierno elegido entre todas las súbditas del imperio.

La nave se posó suavemente en el valle y por la rampa descendieron los caballos, Steve y Jaria. Después, silenciosamente, la nave volvió a desaparecer entre los millones de estrellas, tornándose un puntito más de luz.

—No tengas miedo, Jaria.

La cogió de la mano y la condujo hacia la cabaña refugio. Abrió la puerta y-se internó en ella. Encendió las luces y se acercó a la chimenea-hogar, colocando unos troncos cortados que después prendió. El mítico encanto del fuego inundó Ía cabaña.

—Espera —pidió a Jaria. Se sentó frente a un emisor-receptor e hizo una llamada.

—Steve, ¿dónde te has metido? —le preguntaron desde el otro lado de las ondas.

—Me perdí en los bosques, pero ya estoy aquí, mañana os hablaré.

Cortó y regresó junto a Jaria. Le puso las manos sobre las caderas y acercó sus labios a los femeninos. La besó con suavidad y runruneó:

—Ahora te toca a ti...

Y comenzó a desnudarla con infinito amor.

FIN